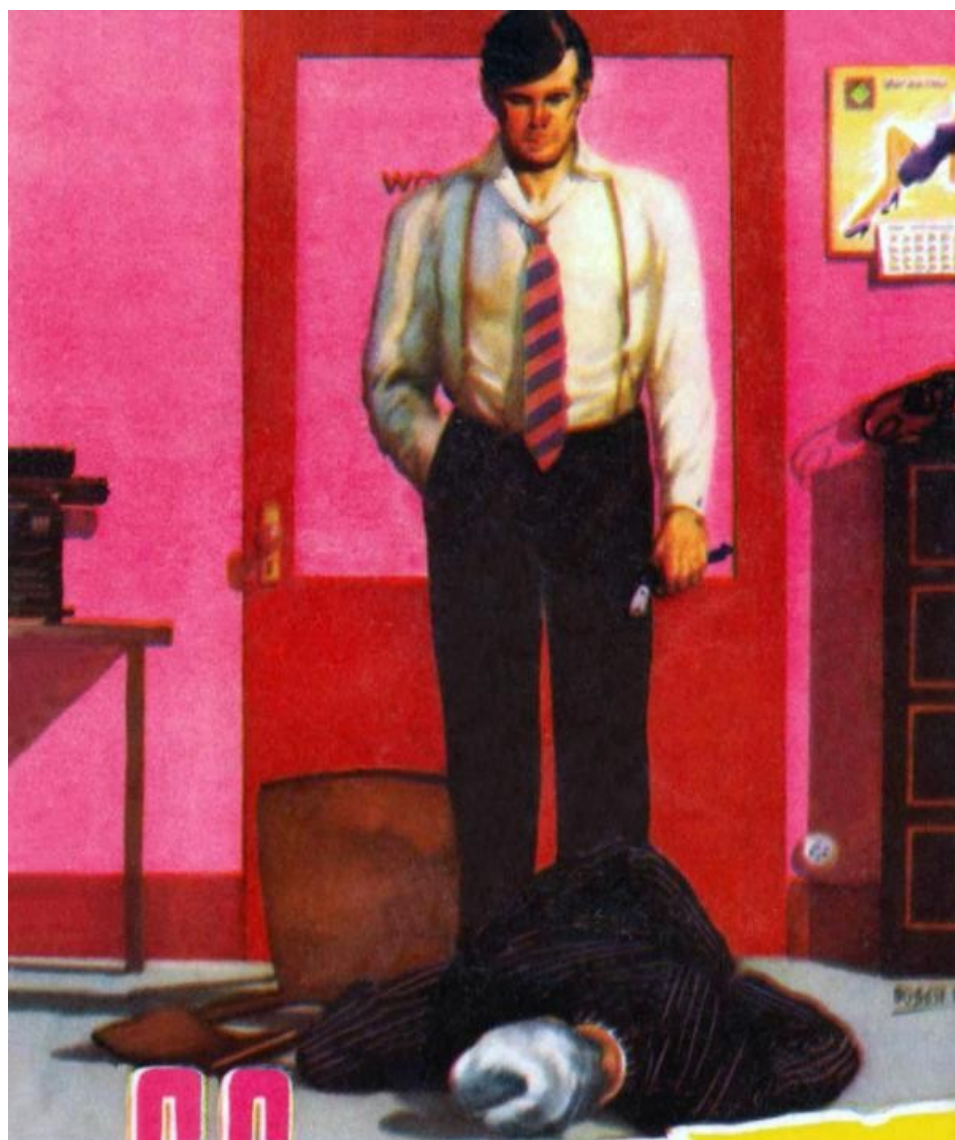




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALAR BENET

BURLANDO A LA MUERTE

BURLANDO A LA MUERTE

ALAR BENET

Burlando a la muerte

1ª EDICIÓN
JUNIO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

147. — Lucha en la sombra.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona

BURLANDO A LA MUERTE

por ALAR BENET



«Si caes en manos de tus enemigos, el vencedor te mandará a la muerte. No te inquietes. A ella vas desde el día de tu nacimiento.»

SÉNECA

CAPÍTULO PRIMERO ATRACO FRUSTRADO

En la serena noche de primavera, un hombre alto, fornido, con el pelo blanco por los años y las preocupaciones, caminaba despacio, gozando de una maravillosa sensación de paz. Sus sentidos, en constante tensión por el peligro, hallábanse ahora relajados. El espíritu, en lucha con los recuerdos, pugnaba por gozar del sosegado presente sin dejarse arrastrar al pasado.

La Avenida de Suffren, contigua al Pare du Champ de Mars, estaba desierta en las altas horas de la madrugada. El inquieto París, «la bella ciudad de la luz», dormía. Faltaba poco para amanecer, y los noctámbulos, enemigos por intuición de las leyes de la Naturaleza, retirábanse a sus alojamientos para abandonarlos de nuevo al anochecer y, en tabernas o bares, hablar de filosofía y de arte, increpando al mundo que no les consideraba genios, o en busca de un amigo en buena posición en solicitud de un préstamo que no siempre era concedido.

Douglas Waring, inspector jubilado de la Policía Metropolitana de San Francisco de California, se detuvo ante los sombríos muros de la Escuela Militar para reanudar después su paseo, camino de la Torre Eiffel.

Años atrás residió una larga temporada en París, sin ceder a la tentación turística de visitar el mundial monumento. Entonces le faltaba la calma, obsesionado por... ¡Otra vez el trágico recuerdo! Apretó los puños, hasta

que los nudillos perdieron su color por falta de sangre «¡No!», grito su voluntad. Habíase trasladado a París en busca de un bien ganado descanso y no a rememorar sucesos que, aun siendo los más gratos, llenaban de amargura los postreros años de su vida.

Procedente de Londres llegó a la capital francesa a las dos de la madrugada, y, luego de dejar su equipaje en un hotel de la Rue du Montparnasse, entre la estación y el cementerio del mismo nombre, sabiéndose incapaz de conciliar el sueño, se dispuso a recorrer la ciudad hasta que amaneciera y el sol disipase las brumas de su corazón. Durante algún tiempo deambuló por los locales públicos del popular barrio, pudiendo ver de cerca las extravagancias de los que se amparaban en el existencialismo para justificar sus vacíos cerebros o sus morbosas inclinaciones al mal. A Douglas Waring jamás le preocuparon los problemas filosóficos, a no ser aquellos que, por su índole psicológica, entraran de lleno en asuntos policíacos. Al contemplar muchachas con masculinos atavíos o casi desnudas, y a jóvenes a los que la barba y una vida antihigiénica daban aspecto de enfermos o viejos, sintió lástima por ellos e inquietud por el futuro de Francia.

Tan abstraído iba en sus pensamientos, que no reparó haber llegado a las proximidades de la Torre Eiffel, la gigantesca torre de hierro de más de trescientos metros de altura, erigida en el Campo de Marte para la Exposición de 1889, y en la que se halla instalado el observatorio meteorológico y una estación de radiotelegrafía.

Al alzar los ojos para mirar la obra del ingeniero francés Alejandro Gustavo Eiffel, vio ante él, a la luz de uno de los cercanos focos eléctricos, a un joven de unos veinticinco años que le encañonaba con una pistola. ¿Hasta allí le perseguía el odio de sus enemigos? Se tranquilizó al oír:

—Deje caer la cartera, el reloj y la pluma estilográfica y lárguese antes de que le agujeree el pellejo. ¡Vamos, pronto!

Douglas Waring observó que la mano del atracador temblaba levemente y sin desconcertarse, con la rapidez mental que hizo de él uno de los más sagaces investigadores, dedujo que su antagonista debutaba en las lides de la delincuencia. Los novatos eran los más peligrosos, pues el nervosismo podía impulsarles a matar. Los apaches veteranos nunca utilizaban otras «herramientas» que largos y afilados cuchillos, procurando no clavarlos a los incautos que se aventuraban de noche por las inmediaciones del Sena. Una quincena era el castigo de un robo. Por el contrario, si se derramaba sangre, los tribunales mostrábanse implacables.

Temeroso de que el pánico impulsara al joven a disparar. Waring sacó su pluma, una «Parker» último modelo, de capucha de oro, inclinándose para depositarla en el suelo. Lo hizo, y se incorporó para repetir la operación con el billetero. Por último, muy despacio, comenzó a quitarse el reloj. Tenía la certeza de que el muchacho estaba asustado, y se dispuso

a sorprenderle.

Al agacharse para dejar su cronómetro sobre la acera, lanzóse contra su enemigo en inesperado y fulminante «plongeon». Nadie hubiera supuesto tal agilidad en un hombre de cincuenta y cinco años.



Lanzóse contra su enemigo...

La cabeza de Douglas golpeó en el vientre al atracador, quien rodó por

el suelo, perdiendo la automática. Para Waring fue un juego aprovechar la sorpresa del ataque, y reducir al joven mediante una «llave» de lucha libre. Apoderándose del arma del que quiso desvalijarle, le dijo:

—Ponte en pie y no hagas tonterías. Creo que es la primera vez que manejas una pistola. En cambio, yo lo he hecho a menudo.

—¿Para robar?

—No. Hasta mi jubilación me entretuve en detener malhechores.

El exinspector hablaba el francés con ligero acento americano. El fracasado atracador inclinó la cabeza, con abatimiento.

—Haga de mí lo que quiera. No podía ser de otro modo. Llegué a pensar que si la desgracia truncaba mis honradas ambiciones, quizá la suerte me favoreciera en el mal. ¡Me he equivocado!

Douglas Waring, en su larga y brillante carrera policiaca, conoció a indeseables de todas las categorías sociales. Desde el miserable al ladrón de guante blanco. Ninguno aceptaba su derrota sin luchar. Los más, imploraban la libertad con falsas historias de miserias y privaciones. Aquel joven no fingía su abatimiento, y se mostraba resignado con su destino.

—Mírame a los ojos.

La mirada de Waring clavóse en las pupilas del vencido. Su asombro aumentó. Afirmaría que su enemigo estaba avergonzado. Las facciones del muchacho eran proporcionadas, sin ningún rasgo que evidenciase degeneración. ¿Qué le indujo a ponerse frente a la Ley?

—Necesitabas dinero, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Para qué? —al no obtener respuesta, Douglas inquirió—: ¿Cómo te llamas?

—René Howland.

—Apellido inglés. ¿No me estarás mintiendo?

—Mi madre nació en Londres.

Larga pausa. Waring abordó de nuevo el tema que le interesaba:

—¿Hay a tu cargo algún enfermo, y necesitas medicinas para él?

—No.

—¿Debes dinero, y te han amenazado si no lo devuelves?

—No.

—¿Tienes hambre?

—No.

Las rotundas negativas desconcertaron a Douglas. Cualquier vulgar ratero se habría aferrado a una de las tres preguntas para conmoverle. ¿Cuál era el misterio de René Howland?

—¿Vives muy lejos? —al no obtener respuesta, el tono de voz de Waring se tornó autoritario—: En la Prefectura te obligarán a contestar. ¿No has pensado que tu libertad está en mis manos?

—Sí. Resido en la Rue Falguiere, entre el Boulevard Pasteur y el de

Montparnasse. Me dijeron que algunos turistas acostumbraban a venir de noche a la Torre Eiffel, para contemplarla a la luz de la luna. Me aventuré. Supuse que era extranjero y...

Calló, como si le repugnara confesar su delito. Douglas Waring, a cada instante más interesado por la personalidad de aquel joven, completó la frase.

—Quisiste desvalijarme. ¿Es la primera vez que lo haces?

—Sí.

—Tu condena por robo frustrado apenas si llegará a un mes, pero la tenencia ilícita de armas es un delito más grave. ¿Dónde adquiriste la pistola?

—En una chatarrería. Estuve toda la tarde limpiándola. Le fallan varias piezas, y las municiones.

René Howland, pese a lo apurado de su situación, no supo contener una sonrisa. No era de gozo por saberse libre del cargo más grave, sino de humorismo. Quizá pensaba en el susto de su interlocutor. Al reír, el semblante del joven se aniñó, conmoviendo a Waring. ¿Debía entregarle a las autoridades francesas? Ese era su deber, pero...

Se irritó interiormente, reprochándose su sentimentalismo. Abandonó Londres y su agencia privada de detective para descansar. Era necio que se interpusiese en el camino de la Sûreté. Que la policía resolviera en consecuencia. No le vendrían mal a René unas semanas de meditación en un calabozo. Sin embargo... Algo en su interior le decía que el joven se hallaba en una dura encrucijada de la vida, necesitado de ayuda. Si le fichaban como ratero, le sería difícil obtener trabajo, y entonces quizá marchara por la senda del delito. La severidad de Douglas fue famosa durante su actuación en San Francisco. También lo era su clemencia.

—Iremos a tu casa. Allí me dirás la verdad.

René Howland palideció.

—No. Prefiero que me entregue. ¡Nada le autoriza a inmiscuirse en mi vida privada! Purgaré mi falta y...

—Quedarás convertido en un delincuente. Quizá esa sea muy romántico a tus años, pero arruinarías tu porvenir. Si te mato ahora mismo, no con tu vieja pistola sino con esta —le mostró la automática que nunca le abandonaba—, alegaré defensa propia. ¿Por qué no huiste? Ignorabas que yo estuviese armado.

—Hubiera sido inútil. El Destino se complace en burlarse de mí. Hoy intento atracar a un hombre, y resulta que es un policía.

Las palabras de René Howland reflejaban profundo abatimiento. Era un joven vencido por la adversidad, sin fuerzas para oponerse a ella. Decaído su ánimo, truncada su moral, se dejaría arrastrar por cualquier corriente. Douglas, deseoso de ayudarle, insistió con firmeza:

—Una vez que conozca tu problema, te entregaré o no a la Sûreté.

Le cogió del brazo. René, incapaz de oponerse, dejóse conducir.

En silencio recorrieron la avenida de Suffren, que enlaza con el boulevard Pasteur. Douglas notó que aumentaba el nervosismo del joven, y sus dedos se crisparon más en torno a su brazo. Le previno:

—Si crees que es fácil librarte de mí, te equivocas Pese a mis años, soy capaz de darte una paliza.

Los labios de Howland plegáronse en una sonrisa irónica, pero nada dijo en contrario. Waring se detuvo en la esquina de la Rue Falguiere, una calleja estrecha y mal alumbrada.

—¿Cuál es la casa?

—La tercera de la derecha.

Llegaron a un cerrado portal, que René abrió. Ya en el interior, cerró a sus espaldas, pulsando el interruptor de la luz. El muchacho ironizó:

—Vivo en el paraíso. Una buhardilla. Dispóngase a subir cinco pisos.

Precedió a Douglas, y por una estrecha escalera, ascendieron hasta llegar al domicilio de Howland, que franqueó con su llavín. A la luz que el joven encendiera, el exinspector pudo ver una amplia estancia en el mayor de los desórdenes. Sobre dos veladores giratorios, había una figura de escayola representando una mujer desnuda, y un enorme bloque de madera en el que se adivinaba una copia del modelo. En un lateral, una mesa y tres sillas. Al fondo una cortina, que René alzó sin invitar al detective a que le acompañara.

Una maldición indujo a Waring a penetrar donde lo hiciera Howland. Vio al joven muy pálido, contemplando un lecho que presentaba las ropas en desorden. En sus manos tenía una cuartilla manuscrita.

—¿Me permites?

Sin aguardar el asentimiento del muchacho, Douglas leyó.

«Querido René:

»No soy mujer que soporte las privaciones por largo tiempo. Te lo advertí al conocernos. Tú me aseguraste que pondrías a mis pies gloria y fortuna. ¡Eres un chico de imaginación! Durante dos meses hemos vivido de sueños. A partir de hoy, lo haré de realidades. Resígnate con la idea de que te amo, aunque no tanto como para sacrificar mi juventud entre barro, madera y escayola. Quiero triunfar, y estoy segura de conseguirlo. Tengo más experiencia que tú, y sé que el dolor de los hombres se mitiga cuando cesa la ira provocada por el amor propio. Seguiremos viéndonos, pues me marchó con André Duval. Acepta la derrota. Mañana... ¿quién sabe lo que traerá el mañana? Te deseo suerte.

“Eva”

Al terminar, Waring comentó, sarcástico:

—Tu alusión al Paraíso era cierta, con la única diferencia de que en vez de a una mujer alojaste a la serpiente. Te doy mi enhorabuena; René. No sabes lo que ganas al perder a una Eva como la que te indujo al robo. ¿Fue por ella?

Abrumado, Howland asintió con el gesto. Douglas tornó a interrogarle:

—¿Te sorprende su resolución?

—No. Por evitarlo me decidí a...

Sobraban los reproches. René, más que un juez necesitaba un amigo, y Waring se dispuso a serlo.

—Salgamos a tu estudio. ¿Eres escultor? ¿Vives de tu trabajo?

—Sí. ¡Le machacaré la cara a André!

Comprendiendo que era inútil pretender distraerle, Douglas, tomándole otra vez del brazo, le sacó de la alcoba. Ofrecióle un cigarrillo, y segundos después, en pie, los dos hombres fumaban en silencio.

—¿Quién es André? ¿También escultor? —gesto aprobatorio por parte de Howland—. ¿Tiene más suerte que tú?

—Sí. Ha conseguido una clientela de extranjeros, que le pagan por sus obras lo que pide.

—¿Son mejores que las tuyas?

—¡Él no hace arte! Se ha especializado en el modelado de clásicos tipos parisinos. La «cocotte» elegante, el apache, el bohemio... Son figuras decorativas, sin alma y sin vida. ¡Solo turistas podían comprárselas, gente que confunde el espíritu con un puñado de dólares o de libras esterlinas!

—Sentémonos y háblame de Eva —el muchacho, orgulloso, alzó la cabeza. Douglas Waring le previno—: Espera. Pretendo ayudarle, y temo que si dices una inconveniencia, nos despidamos como enemigos.

—¿No va a entregarme a la policía?

—No pensé hacerlo nunca. Desde el primer momento, me di cuenta de que eras un atracador novato. No hubiera arriesgado la vida por defender mi dinero... ¿No tienes nada para beber?

—Supongo que quedará coñac.

De un rincón de la estancia, en el que se amontonaban figuras en madera y escayola, extrajo una botella de «Brandy». En la mesa había dos vasos, en los que sirvió licor. Waring miró inquisitivo a René.

—Conocí a Eva en una floristería de la esquina del boulevard de Montparnasse y la rue de Vaugirard, lugar en el que acostumbro a situarme todas las mañanas y donde, pocas veces, vendo figurillas de escaso valor. Apenas verla, me enamoré de ella. Es una mujer... ¿Cómo describírsela?

—No hace falta. ¿Es esta?

—Sí.

El inspector Waring contempló la figura de escayola. Disculpaba la ceguera del muchacho. Eva era una mujer atrayente, un auténtico

«bibelot».

—¿Qué años tiene?

—Veinte.

—Pocos para haber ido tan lejos. Continúa.

René Howland, acomodándose a horcajadas en una de las sillas, apoyo ambos brazos en el respaldo.

—Nos acostumbramos a conversar. Es una muchacha libre, sin prejuicios.

—No es preciso que te esfuerces en convencerme.

El sarcasmo no hirió al escultor.

—Por aquel entonces tuve suerte y vendí un desnudo en cien mil francos. Esa cifra dura poco en restaurantes y cabarets. Para ayudarme, se ofreció de modelo a varios compañeros más afortunados, uno de ellos André Duval. Cuando supe que la cortejaba, tuve una escena violenta con Eva. Me dijo que mi amigo, como yo, la había propuesto el matrimonio. No aceptó porque, según su frase, «no le gustan los lazos, ni aun los del amor». Lo que resta, puede imaginárselo. Mi ceguera aumentaba. Eva, en cambio... Hoy por la tarde me reprochó mi falta de hombría, amenazándome con marcharse. Le dije que si necesitaba dinero, iba a conseguirlo a cualquier costa. Me marché, y con unos francos que me restaban adquirí ese arma inútil, pasando el resto del día ocupado en su limpieza bajo uno de los puentes del Sena. Ya satisfizo su curiosidad. ¿No me desprecia?

—Te comprendo, hijo. Nada peor para un hombre que una mala mujer. He vivido mucho, y mi indulgencia es grande. ¿Por qué no imitas a André? El arte es hermoso, pero fisiológicamente necesitamos subsistir. No debes prostituirte como escultor, aunque sí alternar tu trabajo con lo comercial. ¿Qué años tienes?

—Veinticuatro.

—¿Y tus padres?

—Murieron en un bombardeo, durante la guerra. Me educaron en un internado.

—Por lo que veo mal. Supongo que en la primera ocasión que veas a Eva con André comenzarás a golpes. Eres como la mayor parte de los artistas: un pozo de soberbia, al que es difícil encontrarle un fondo de bondad. Si fueras mi hijo, te amarraría a la cama prohibiéndote salir de casa.

—Por fortuna, no lo soy. Si ya averiguó lo que le interesaba, márchese.

Se incorporó, desafiante. La reacción de Douglas, sorprendiéndole, le hizo lanzar un gemido de dolor. Waring, inesperadamente, le había golpeado en la mandíbula, obligándole a retroceder.

—Te daré una paliza, machacándote el rostro a conciencia. He de defenderte de ti mismo. Desfigurado no te atreverás a presentarte ante Eva,

y con el transcurso de los días se calmarán tus levantiscos ánimos. Aun a tu pesar, he de protegerte.

René enrojeció de cólera, y, apretando los puños, abalanzóse contra Douglas, que no había dejado de sonreír.

—Le haré morder el polvo, por su intromisión.

No contaba con la experiencia pugilística y el conocimiento del «jiu-jitsu» del exinspector. Los puños del joven se estrellaron contra la cerrada guardia de Waring. Al intentar forzarla, recibió un izquierdazo en una mejilla, y, después, un golpe en la ceja derecha.

Aturdido, el escultor retrocedió. Carecía de nociones de boxeo, y se lanzó a un cuerpo a cuerpo que no pudo conseguir, una mano que más bien parecía una tenaza le asió por una de las muñecas, volteándole limpiamente. René destrozó una silla al caer. No declarándose vencido, tornó a enfrentarse a Douglas.

—Estoy procurando no hacerte demasiado daño.

Minutos después, la cara de Howland ofrecía un aspecto desolador. Sangraba abundantemente por las cejas y los labios. Los ojos, amoratados, relampagueaban de ira. Resultaba inconcebible que un hombre de la edad de Waring venciera a un joven como René, de atlética contextura física. Era el triunfo de la experiencia, de la técnica sobre la furia. Douglas, volviéndose desde la puerta, le dijo:

—Algún día me lo agradecerás. Es posible que volvamos a vernos.

Ya en la calle, el jubilado inspector se reprochó haberse mezclado en un problema la primera noche de su estancia en París. Él vino a descansar. Que los franceses arreglaran sus propios asuntos.

Fortalecido con tal decisión, penetró en un café, desayunando. Al salir, el sol lucía espléndido. Lejanas sonaron las sirenas de las fábricas, convocando al trabajo...

CAPÍTULO II

BAJO EL CIELO DE PARÍS

Luego de un largo descanso y una opípara comida en un restaurante de la rue de Rivoli, impulsado por el deseo de saludar a su viejo amigo el coronel George Barker, Douglas se dirigió a la embajada de los Estados Unidos.

La tarde era espléndida, y en los jardines de las Tullerías, contiguos al Museo del Louvre, jugaban infinidad de niños bajo la protección de madres o niñeras. El obelisco de la plaza de la Concorde brillaba a los reflejos de un sol que iniciaba su curva descendente.

Waring detúvose ante el edificio diplomático de su país, situado en el número 2 de la avenida Gabriel, frontero al «Théâtre Ambassadeur», y entregó su tarjeta a un ordenanza, siendo recibido minutos después en un despacho de la planta baja, por un hombre regordete, de corta estatura y reposados ademanes. Tras un abrazo cordial, George Barker invitó a Douglas:

—¡Siéntate! ¡Qué gran sorpresa! No, ahí no. Hazlo en el tresillo. La mesa es un muro de frialdades. ¡Por ti no pasan los años!

El coronel no halagaba a su huésped. La figura de Douglas, pese a su pelo cano y a sus enhiestos mostachos, que el inspector gustaba de acariciar en los largos diálogos, irradiaba energía, vitalidad.

—Lamento no poderte decir lo mismo, George. Si continuas abandonándote, dentro de unos años serás un inválido. ¿Cuánto has engordado?

—Quince kilos en los últimos dos años. ¡No sé qué hacer!

—Ejercicio. Ese es mi secreto. Todas las mañanas dedico una hora a la gimnasia, con breves descansos, y al atardecer, acostumbro a andar dos o tres millas. Si a esto añades que mi trabajo requiere actividad, puedes explicarte que me conserve en plenitud de facultades. ¿Por qué no me imitas?

—Eso es fácil de decir. Mi jornada burocrática es de catorce a veinte horas diarias. Me falta tiempo.

—¿Tanto trabajo tienes?

El coronel George Barker dudó unos segundos. Su rostro tornóse grave.

—Sí. No ignoro que tú, amparado en la Metropolitana, perteneciste al Servicio Secreto. Como amigo y como antiguo inspector del «Central Intelligence Agency», debo confiar en ti, pidiéndote consejo. Voy a enseñarte algo que te sorprenderá.

De un armario empotrado en la pared sacó una figura de escayola de unos treinta centímetros de alto, representando uno de los numerosos vagabundos que, provistos de los más heterogéneos instrumentos musicales pululan por las márgenes del Sena. Con cuidado, separó uno de los brazos, mostrando a los asombrados ojos de Douglas una cavidad de la que extrajo dos papeles, depositándolos sobre la mesa. En ellos había trazadas líneas confusas.

—¿Espionaje? —inquirió Waring.

—Sí. Son los planos de los aeródromos franceses que serán utilizados para el Ejército de Defensa de Europa. Desde hace tiempo, nuestros servicios de información en la U. R. S. S. vienen denunciándonos la llegada a Moscú de toda clase de datos militares procedentes de París. En los aeródromos y puertos destacamos a los mejores miembros del «Deuxième Bureau», «Intelligence Service» y C. I. A., que, disfrazados de agentes de aduanas, esforzaron en vano en averiguar de qué modo salían de Francia tales informes. Fracasaron. Anoche uno de nuestros hombres supo que un inspector de la M. G. B. soviética se hallaba en el cuarto de un hotel dispuesto a partir para su patria. Quiso sorprenderle, y lucharon. El ruso resultó muerto. Registramos con minuciosidad, encontrando lo que acabo de mostrarte. Figurillas semejantes a esta, se venden a millares en establecimientos y puestos públicos, siendo las preferidas por los turistas.

—Un completo éxito —comentó Douglas.

—No. Ignoramos quiénes se han infiltrado entre nosotros para obtener lo que nos interesa conservar secreto, no ya solo referente a las naciones integrantes del Pacto del Atlántico, sino incluso a nuestra propia labor de espionaje. Todos los miembros, del C. I. A. son vigilados.

—¿Cómo lo sabes?

—Por una segunda figura de escayola, conseguida en la frontera belga. De tanto leer el mensaje, me lo he aprendido de memoria: «Próximo envío de planos, con últimas rectificaciones, del Boeing XB47». Agentes rivales, controlados merced a un doble de fichero. Esperamos órdenes». El «Boeing XB47» —continuó explicando el coronel— es un aparato americano a reacción, de seis motores. ¿Comprendes mi inquietud?

Waring, en silencio, se puso en pie. Él no había venido a Francia a mezclarse en asuntos internacionales, sino a gozar de un merecido descanso.

—¿Qué clave utilizaron, George?

—La número diez de la M. G. B.

—¿Detuvisteis al portador de la estatuilla?

—Hubo que ponerle en libertad. Nos mostró una tarjeta expedida por Heinrich Ran, un hombre que le hizo grata la estancia en París, en la que le rogaba que llevara ese obsequio a un polaco llamado Joseph Popsky, residente en Dessau, en la zona rusa. Cuando llegaste me acababan de dar

un informe transmitido por los miembros del C. I. A. en Alemania. Joseph Popsky es un anticuario, y el que llevaba la figura un comerciante de limpios antecedentes, que ignoraba colaborar con los enemigos de su patria. Aún no hemos logrado localizar al que se hace llamar Heinrich Ran.

—¿Va firmada la obra?

—Sí. Lleva dos iniciales. «A» y «D». ¿Le conoces?

Douglas sonreía satisfecho y regocijado. Desde que vio la escultura, unas palabras de René Howland bailaban en su cerebro: «Ha conseguido una clientela de extranjeros que le pagan por sus obras lo que pide... Se ha especializado en modelar clásicos tipos parisinos». «A» y «D». ¡André Duval!

—Yo, no. Un amigo mío.

—¡Estupendo! ¡Acompáñame a su casa!

—Calma, George. No pienso mezclarme en la aventura. Me jubilé. Iremos juntos hasta el portal de René, y luego arréglatelas como puedas. ¡Soy un turista en París!

—Hablares de eso mientras nos dirigimos a la casa del que tú llamas René. ¿Utilizamos coche oficial?

—No. Caminemos y rebajarás grasas. Así tendré tiempo para contarte mi historia.

—¿Cuándo llegaste a París?

—Anoche.

El coronel George Barker lanzó una estrepitosa carcajada.

—¡Eres magnífico! Hablas de turismo y apenas dejas el tren te mezclas en un lío. ¡No tienes enmienda, Douglas!

—¡Quizá! —repuso, picado, el inspector—. Tú hubieras hecho lo mismo.

Por el puente de Alejandro III, sobre el Sena, llegaron a la estación, la explanada y el hotel de Inválidos. Al alcanzar la plaza de Breteuil, por la avenida del mismo nombre, Waring terminó su relato. El militar dijo:

—No te enojés, Douglas, pero creo que la Providencia te puso anoche en el camino de ese muchacho, impulsándote hoy a visitarme. Si me ayudas, aniquilaremos a nuestros enemigos. ¿Por qué, excepcionalmente, no vuelves a tus antiguos tiempos? Yo me encargaría de facilitarte la documentación precisa para que no te molestaran los gendarmes, en el caso de verte obligado a disparar. ¿Qué miras?

—A un individuo que intencionada o casualmente lleva detrás de nosotros largo rato. Obsérvale. Tiene ambas manos en los bolsillos de una innecesaria gabardina.

—¿Qué te sugiere?

—Un moderno aparato de morse. Unidos por un cable puede llevar en uno de los bolsillos la emisora y el receptor, y en el otro el alimentador. ¿Me supones alarmista?

Los dos hombres se hallaban frente al monumento a Pasteur, en la

esquina de la plaza Breteuil con la rue Duroc. La circulación no era grande, pues los automóviles preferían los próximos grandes boulevares como el de Raspail o Montparnasse. George Barker fue a responder, más los acontecimientos se precipitaron de forma inesperada. Un camión de transporte se detuvo junto a ellos, y de él saltaron cuatro hombres. Tres llevaban las manos bajo los amplios petos de los monos que vestían. El cuarto se acercó al coronel y a Waring, que, aún adivinando el peligro, no pudieron hacer el menor gesto de defensa.

—¡No se muevan! ¡Suban! ¡No me importará matarles aquí mismo!

La defensa era suicida y los americanos obedecieron, poniendo el pie en la compuerta posterior, en un pequeño escalón dispuesto al efecto. Apenas bajo la lona, unos dedos ágiles les registraron, desarmándoles. A los oídos de Douglas llegó el repiqueteo característico de la transmisión por morse.

—¿Qué te parece, George? Nunca me ha fallado el instinto. A él debo seguir viviendo.

—Por poco tiempo. Siéntese en el suelo. Que no nos vean desde la calle.

Waring obedeció, reparando que el coronel ya estaba maniatado en uno de los laterales y que el camión, cerrado con una lona por la que tenue penetraba la claridad de la tarde, había emprendido la marcha. Se encaró con un individuo de unos cuarenta años, mientras a su espalda le inmovilizaban los brazos.

—Muchos han afirmado lo mismo, y son ellos los que se pudren debajo de tierra —replicó Waring—. A fe de John Smith que a la menor oportunidad le derribaré como si fuese un caza enemigo. Ya que sabe mi nombre, dígame el suyo. ¿Van a pedir rescate por mí? Nadie dará un centavo, a no ser el agregado aéreo de la embajada. Hiciste mal en prevenirme, George, de que París está infestado de «gangsters». Nos han fastidiado la tarde.

—¿A dónde iban?

—A Montparnasse. Mi amigo quería enseñarme los lugares típicos de la ciudad.

Barker comprendió el improvisado plan de su camarada. Dijo, bromeando:

—Vas a llevarte un mal recuerdo. No supongas así a todos los franceses. Los hay mejores... ¡y peores!

—Dentro de unas horas no tendrá ganas de bromear, coronel.

Hubo un largo silencio. Waring pudo ver a cinco hombres, uno de los cuales introducía en un maletín un emisor receptor de onda corta. El engaño con respecto a su nombre, iba a durar lo que tardasen en registrarle. Cuando encontrasen su pasaporte, se descubriría la verdad.

Sus raptos no eran vulgares maleantes, sino miembros de la red de espionaje que los grupos de información aliados perseguían. El hecho de conocer la identidad militar de George Barker, era significativo.

—¿A dónde les llevaban? ¿A las afueras de París? No preguntó, para que no le obligasen a hablar a su vez. Mientras pudiera, mantendría el anónimo con respecto a su verdadera personalidad.

¿Una hora? ¿Dos? Los detenidos, víctimas de disimulada angustia, escuchaban el ruido del motor del vehículo, deduciendo que les alejaban de la capital, dirigiéndose quizá a algún refugio en el campo.

Se hizo de noche y en tinieblas, el temor se agigantó. Los hombres no cambiaban bromas entre sí, limitándose a fumar. Las brasas de los cigarrillos parecían flotar en el aire. De vez en vez, el reflejo, en ráfaga, de una luz, iluminaba débilmente el impresionante cuadro.

Douglas, que apoyaba su espalda en uno de los laterales del camión, había conseguido aproximarse a George Barker. Dijo, en alta voz:

—Mejor estaríamos en el «Folies Bergere» o en cualquier «cueva» existencialista. ¿No te parece?

—Desde luego. Igual les pasaría a los que nos custodian. Música, champaña y chicas bonitas, es siempre más agradable que exponerse a recibir un balazo en la espalda. Temo que nos estén alejando demasiado de todo eso. ¿Van a trasladarnos a Bélgica?

—No lo sé. Ellos pueden decírnoslo, aunque prefieren callar. Me dan envidia. ¿Por qué no nos dan un cigarrillo?

El que mandaba el grupo acercóse a los americanos, poniendo en sus labios lo que solicitaban. A la llama del mechero, Douglas observó, una vez más, el rostro de su enemigo. No le gustaba aquella mirada. Tampoco la sonrisa de triunfo.

De nuevo el silencio, y otra vez el inacabable paso del tiempo. El camión se detuvo, pero ninguno de los raptos se movió. Una voz, sin duda la del que conducía, dijo desde el exterior, junto a la compuerta trasera:

—Son las doce, Sergio. Hemos llegado.

Sin descuidar la vigilancia, los cinco hombres ayudaron a bajar a Douglas y George, que musitó, al mirar en torno suyo:

—«Bois de Boulogne». No hemos hecho sino dar vueltas por la ciudad.

El coronel no se equivocaba. Sus secuestradores no se recataban en que supiesen el lugar al que iban a conducirles, pues en un letrero, sobre un poste clavado en tierra, se leía: «Jardín d'acclimatation. Bois de Boulogne».

Los sorpresas no terminaban allí. Minutos después entraban en la casa destinada a oficinas y alojamientos de los guardas. Un hombre les dio la novedad.

—El sereno de noche no nos estorbará, Oates.

—¿Le has matado?

—Tuve que apuñalarle para que no gritara. El cadáver está oculto en un invernadero.

—Bien. Vigila los alrededores.

Sergio Oates condujo a los prisioneros a un despacho, y ordenó a sus cómplices:

—Salid. Perry Simpson quedará conmigo. Quedaos fuera, atentos a mi llamada.

Los aludidos abandonaron la estancia. Waring y Barker dispusieron a afrontar un interrogatorio.

Obedeciendo las indicaciones de los que, por el momento, eran los más fuertes, sentáronse en sendas sillas, a las que les ligaron las piernas con recias cuerdas. Sergio Oates habló:

—Usted será el primero, coronel. Si es razonable morirá en unos segundos, de una puñalada en el corazón. Si se muestra testarudo, tendré que prolongar su agonía hasta que me diga lo que deseo saber. Llevamos mucho tiempo tras de su pista, sin lograr capturarlo. Siempre utiliza automóviles y va escoltado. Hoy llegó nuestro momento, y no vamos a desaprovecharlo.

—¿Es usted el jefe que tanto me da que hacer?

—No. A los que van a morir no debe ocultárseles nada. Mando uno de los grupos de acción y he recibido instrucciones concretas. ¿Bajo qué nombres se ocultan los miembros del espionaje aliado en Rusia y Alemania Oriental? No se sonría. Sé que pensará mentir pero ignora que, aun sin detenerles, hemos localizado a tres agentes. Si les menciona, comprenderé que no me engaña. De no ser así... ¿Tienes el «persuasivo»?

La pregunta iba dirigida a Perry Simpson, quien con una canallesca sonrisa, mostró un látigo de cuero enrollado a la cintura.

—Sí, jefe.

—Me temo que vas a tener que usarlo. Vamos, coronel. Decídase.

George Barker meditó unos segundos.

—Antes de adoptar mi definitiva posición, me agradará saber qué mas es lo que ambiciona saber.

—El procedimiento empleado para descubrir el secreto de las estatuillas. El avance de sus investigaciones y, sobre todo, la combinación de su caja fuerte para apoderarnos de claves, de documentos y órdenes.

—¿Solo eso? Demasiado para tan mezquino premio. No me ofrece dinero ni honores. Una cuchillada es poco.

—Mucho, si sospechara lo que haré con usted en el caso de que se obstine en callar —amenazó Oates, con ferocidad—. ¿Sí o no?

El coronel repuso:

—Deme un cigarrillo y concédame unos minutos.

Douglas Waring comprendió que su amigo deseaba ganar tiempo. Aquellos hombres no se lo permitirían.

—¡No hay tabaco hasta que me diga lo que quiero!

—Entonces, creo que voy a pasarme sin fumar. ¡Me dan asco los reptiles como usted!

George Barker pareció morder las palabras al proferir el insulto. Sergio Oates hizo una seña a Perry Simpson.

—Empieza cuando quieras.

El indeseable, con un gesto de satisfacción, pues gozaba en producir el daño, desligó las piernas del coronel, esquivando una patada del prisionero.

—¡Ya le daré lo suyo! Póngase en pie.

—Estoy bien, sentado.

Con un rugido de ira, Perry Simpson le derribó al suelo y con el látigo, comenzó a golpearle sañudamente para cesar de pronto.

—¿Ya te has cansado? —inquirió Sergio.

—No. Voy a quitarle la ropa, a fin de que sienta mejor las caricias.

Douglas Waring, impotente para auxiliar a su camarada, presenció una espantosa flagelación, admirándose del heroísmo de George. Su obesidad no había debilitado su espíritu. En la estancia solo se escuchaba el restallar del látigo. Ni un gemido ni un movimiento. En breve la espalda fue una llaga sanguinolenta.

Sergio Gates, que había presenciado impasible la tortura, dijo:

—Descansa, Perry —con el pie dio la vuelta al cuerpo del coronel—. Confíese. Nada ganará callando.

Barker, seguro de su inmediato próximo fin, respondió:

—¡Qué sabe usted de sagrados ideales, de sacrificio por la patria! Si hablara, morirían docenas de hombres. Ya soy viejo. Cuando el martirio se hace insoportable, sobreviene el desmayo. En eso confío. De no suceder así, aguantaré —miró a Waring—. Mal asunto. Tu viaje de turismo va a acabar antes de lo previsto. Hiciste mal en invitarme a tomar unas copas —se encaró con Perry Simpson—. ¡Tendrás peor muerte que yo! Dios es justo.

Durante más de una hora, el látigo alternó con el cuchillo en horribles mutilaciones. Sergio Oates hizo una seña a su cómplice, y arrodillándose junto al sangrante cuerpo del coronel, anunció:

—Ha muerto.

Waring sintió que un frío extraño le surcaba la espalda. ¡Ahora le correspondía a él! Cuando averiguaran su verdadero nombre... Le registraron, apoderándose de su pasaporte.

—¿John Smith? Nombre y apellido vulgar, que a nadie engaña. Douglas Waring. Profesión, detective particular. ¿También del C. I. A.? ¿Vino a reforzar a sus compañeros de París?

—No, en busca de descanso. Conocí a George Barker en los Estados Unidos y le hice una visita de cortesía. Sé que no van a creerme pero me tiene sin cuidado. Él teniendo mucho que decir, sacrificó su vida. Yo, que nada sé, me comportaré del mismo modo. Si lo desea, puedo informarle de los trámites de la busca de un perro o de un marido infiel. Ese es mi oficio.

—De todos modos, disponemos de tiempo para comprobar si es cierto lo que dice. Con usted, señor Waring, sobran las amenazas. Ya ha visto de lo que somos capaces.

—Sí, de la cobardía y el asesinato.

—Es cuestión de apreciaciones. Comienza, Perry. Si te cansas, llamaré a otro de los muchachos.

—No. Este tipo de los bigotes será más blando.

Se inclinó para desatar los tobillos de Douglas, quien apenas los tuvo libres, se puso en pie con rapidez, mientras su zapato golpeaba en la mandíbula al verdugo, derribándole. Viendo como Sergio intentaba empuñar la pistola, con los brazos atados a la espalda, se arrojó a él, encorvado. Su cabeza chocó contra el estómago de Oates que, con un rugido de dolor, cayó al suelo.

Waring, aun seguro de que no conseguiría vencer en la desigual lucha, buscaba un proyectil que le evitase la tortura. Se revolvió con rapidez para impedir que Perry Simpson le atacara por la espalda. No pudo evitarlo. El malhechor esgrimía su revólver por el cañón y le pegó con ferocidad en la sien. Douglas notó que un velo negro le ocultaba el aborrecido rostro de su enemigo.

Sergio, incorporándose, dijo a su subordinado:

—Es inútil que continuemos. Ese hombre llegó ayer de Londres, y según informes del que vigilaba la embajada, había entrado por vez primera media hora antes. Además... es inútil. Son heroicamente testarudos. Borraremos las huellas.

—¿Cómo?

—Con el fuego.

—¿No le llevamos con nosotros para...?

—Sería un estorbo y un riesgo innecesario. Sabe luchar. Pasará de este mundo al otro sin despertar de su letargo. Salgamos.

Abandonaron la estancia, reuniéndose en el piso bajo con el resto de los hombres. El conductor recibió instrucciones para buscar gasolina.

—No es preciso ir lejos —respondió—. En el sótano hay muchos bidones del combustible que se emplea para los elevadores de agua.

—Entonces, ¡manos a la obra!

Minutos después, una gigantesca llamarada alzábase bajo el cielo de París, la ciudad frívola en la que se estaba consumando un hecho de horrible salvajismo que contrastaba con la paz del ambiente.

Junto al cadáver del heroico coronel George Barker, el jubilado inspector Douglas Waring, inconsciente, hallábase a un paso de la eternidad. En el exterior, un camión arrancaba hacia Neuilly, atravesando el boulevard Maillot.

El fuego, iniciado en la planta baja, no tardó en propagarse al resto del edificio. Las maderas crepitaban cual si quisieran gritar a los cuatro

vientos una alarma que evitase la muerte de un hombre.

Las vigas del techo comenzaron a arder, y cinco minutos después, una de ellas se desplomaba sobre el cuerpo de George Barker, rozando la cabeza de Waring. El humo hizo irrespirable la atmósfera. Una chispa prendió en la americana de Douglas.

CAPÍTULO III

EL HILO DEL ENIGMA

—Tengo miedo, André. Howland es un impulsivo, y le considero capaz de cualquier disparate. ¡A tu lado soy tan feliz! ¡No podía soportarle! Te he recordado constantemente.

Eva Tuner, mimosa, se acercó al hombre que modelaba en barro un pequeño desnudo. Duval sonrió, pero sus dedos continuaron el trabajo.

—Me halagan tus palabras. ¿No volverás nunca con René? Te advierto que es un muchacho de gran porvenir. Tiene talento. Sé que él no me estima. Sin embargo, yo le considero un gran artista.

—¡También lo eres tú!

—Me he especializado en ganar dinero. Quiero, a la vejez, saber que he vencido a la vida. La cantera de beneficios que la estupidez humana proporciona a los artistas mediocres, es inagotable. No me considero un genio, Eva. Pero soy capaz de hacer cosas mejores que las que vendo. Hasta hace dos años sufrí hambre, prometiéndome hacer lo imposible para que no volviera a ocurrir. Gasto lo que necesito y hasta un poco más, mientras mi cuenta del banco aumenta. He ahí resumidas mis aspiraciones.

André Duval hablaba reposadamente, como hombre que se hallaba de vuelta de sentimentales debilidades. La adversidad había forjado su carácter en el materialismo. Es cierto que cortejó a la muchacha, pero como a tantas otras, sin suponer nunca que constituyera una complicación en su vida, y menos aún que pretendiera residir en su domicilio.

La joven era una de las que buscan el placer y el dinero por los tortuosos caminos que conducen a la desgracia, a la ruina física y moral. Sin cesar en su labor, sintiendo muy próximo el perfume de la mujer, el escultor se dijo que René Howland debía considerarse feliz de que Eva le hubiese abandonado. Sus elogios al camarada no eran para que regresase con él, sino para convencerla de que no iba a tolerar que hablase mal del bohemio. No sabiendo cómo echarla, dijo:

—No me opongo a qué te quedes. Despediré a la mujer que cocina, y tú te ocuparás de las faenas domésticas.

Por hallarse de espaldas, no pudo ver el brillo maligno de los ojos de Eva, que clavó sus uñas en las palmas de sus manos para contenerse. Su voz, contraria a sus sentimientos, tuvo acentos de humildad que sorprendieron a Duval:

—Lo que tú mandes. Todo trabajo me parecerá leve si me permites residir contigo.

—La casa es grande. Tu habitación será la segunda del pasillo. ¿Ah! Olvidaba hacerte una advertencia. No me gusta que me molesten en las horas de trabajo. Llévate la maleta. ¡Me estorba en el estudio!

Siguió modelando, hasta saberse solo. ¡Qué enojosa complicación! ¿Por qué se le ocurriría cortejarla? Una sonrisa ensanchó su rostro de acusadas facciones. La regocijaba la idea que acababa de ocurrírsele. Quizá una seria lección sirviese de mucho a Eva.

Hasta que se hizo de noche, estuvo esforzándose en terminar su obra. Desde el punto de vista artístico tenía defectos, pero... ¡qué importaba!

Observó la figura con frialdad. Representaba una mujer con bello cuerpo y alma podrida. Despreciaba a los seres así. Él, ambicioso de lo que nunca tuvo, poseía una intuitiva formación moral. Se equivocaba Eva si creía que iba a convertirla en su entretenida. Tan solo en su criada.

Al encender un cigarrillo, sintió ruido a su espalda, viendo a la muchacha ataviada con un vistoso salto de cama que realizaba aún más su hermosura. Mientras se quitaba la chaqueta de trabajo para ponerse una americana gris que pendía del respaldo de una silla, ordenó:

—Tenme preparada la cena a las diez. Ann te dirá lo que me gusta. Adiós.

Pasó junto a Eva sin dirigirle ni una mirada. Apenas la joven sintió el golpazo de la puerta al cerrarse, prescindiendo de fingimientos, dejóse arrastrar por la cólera. Durante unos segundos mantuvo su puño cerrado sobre el desnudo que Duval acababa de terminar. Se dominó con un esfuerzo. Si abandonó a René fue porque deseaba brillar en las salas de fiestas de París luciendo costosos vestidos. Hasta entonces, todos los hombres se rindieron a sus encantos. ¿No iba a conseguirlo con André?

Del tablero de trabajo del escultor, tomó un cigarrillo, trazándose un plan que diera al traste con las prevenciones de Duval. Se mostraría sumisa hasta que llegase su momento, y entonces...

Dirigióse a la cocina, en la que cosía una mujer de unos cincuenta años de edad y rostro apergaminado.

—¿Es usted Ann? —inquirió, con desprecio.

La aludida la miró con ojos inteligentes.

—Sí. No es preciso que se presente, Eva. Sin querer escuché parte de su diálogo. Siéntese donde pueda. Sé que no es de las mujeres que admiten consejos, pero yo voy a darle uno. Llevo cuatro años ocupándome del señor Duval, y le aseguro que fracasará con él. ¡Es carácter entero! Quizá sea la primera vez que se enfrenta a un hombre. No sonría. Presiento que ha tratado usted chiquillos o seres sin voluntad. André es diferente. ¿No me cree?

—No. Todos los hombres son iguales, cuando las mujeres saben encontrar su punto débil. ¿Oyó que va a despedirla?

—No es eso lo que me preocupa. Compartí con él la época de pobreza, y

no prescindiré de mí por algo tan inseguro como usted. Tengo una pequeña lesión en el hueso de la pierna derecha y me tomaré el descanso necesario para someterme a tratamiento médico. Seguiré en esta casa.

—Muy segura lo dice.

—Soy como una madre para André. Le quiero como a un hijo. ¿Prefiere permanecer de pie?

Eva Tuner, conteniendo su enojo, desconcertada en parte, se acomodó en una banqueta, junto al fogón. Desde su llegada a la casa, en la que imaginó ser recibida con gozo y caricias, no cesaban de sucederse las sorpresas. La criada poseía una indiscutible personalidad. Comprendió lo peligroso de enfrentarse con ella, y se dispuso a ser su amiga.

—A las dos nos une idéntico sentimiento: el cariño a Duval. ¿Me ayudará a comprenderle mejor?

Ann Bickley sonrió. No la engañaba la joven. No obstante, repuso:

—Cuenta conmigo.

—Gracias. ¿Tiene un delantal?

—Lo encontrará colgado detrás de la puerta. ¿Qué va a hacer?

—André me ordenó que le preparara la cena. ¿Cuál es su plato preferido?

—Una tortilla de jamón y una taza de chocolate con picatostes. Le enseñaré dónde están las cosas.

La mujer se incorporó, y cojeando levemente, fue a la despensa para depositar lo necesario en manos de la muchacha.

—Gracias, Ann.

—¿Sabe cocinar, o quiere que la ayude?

—Me esforzaré en hacerlo yo misma. Prepararé cena para los tres. A mí me apetece el menú de Duval. ¿Y a usted?

—También, a excepción de los picatostes. Mi estómago no puede soportarlos. Me olvidaba decirle que yo ceno siempre en la cocina.

Dos horas después, André, al regresar a su casa, se encontró con la agradable sorpresa de hallar el comedor adornado con flores. Eva, ataviada con un sencillo traje de corte sastre, le saludó:

—Hola, querido. ¿Te sirvo la cena?

—Sí.

El pintor observó que había preparados dos cubiertos. Sentándose, desdobló una revista de arte, entregándose a su lectura entre bocado y bocado, ajeno a la presencia de la mujer que se esforzaba en conservar la sonrisa. Nerviosa por tan prolongado silencio, ella inquirió:

—¿Valgo para la casa? No me has dicho si te gustaba la cena.

—Cocinas bien. Tal vez sea tu única virtud.

—¿Vas a despedir a Ann?

Duval la miró con estupor.

—¿Despedirla? ¿Quién ha pensado semejante disparate?

—Tú. Eso me dijiste.

—Estaría distraído. Si te decides a permanecer a mi lado unos días, la convenceré para que se ocupe de su salud.

—Eres poco amable conmigo.

—Soy sincero. La galantería de los hombres queda para las reuniones en clubs o cafés. Todos tenemos nuestros gustos, y por nada prescindimos de ellos. Muchas jovencitas se quejan del cambio que experimentan sus novios al casarse. No hacen sino mostrarse tal y cual son. Salvo excepciones, el noviazgo no sirve más que para demostrar las dotes de hipocresía y tolerancia. Te ruego que no me molestes. Estoy leyendo un interesante artículo.

Sacó su pitillera, y sin ofrecer a Eva, examinó el contenido de la revista mientras fumaba. El timbre de la puerta le sacó de su abstracción.

—Ve a abrir, Eva.

La aludida obedeció. Comenzaba a intimidarle la recia personalidad del escultor, que la vio alejarse con un gesto irónico.

—Es uno de tus clientes —anunció la joven, al regresar—. Creo que se llama Heinrich Ran. Le he conducido al estudio.

—Bien, Eva. En prueba de tu docilidad y sentido común, te llevaré a bailar esta noche. No... No te cambies de ropa. Me gustas más así. Recoge y limpia los cacharros a fin de que Ann no tenga que molestarse.

Salió del comedor para reunirse en su gabinete de trabajo con un hombre, tipo clásico de prusiano. Estatura mediana, cuello corto y ancho, cabeza grande y rígidas facciones.

—Buenas noches —saludó el escultor—. No le esperaba.

—Decidí venir tarde, ante el temor de no encontrarle. ¿Tiene dispuesto mi encargo?

—Sí. Es el golfillo de la repisa de la izquierda. ¿Qué le parece?

Heinrich Ran examinó la obra.

—Bien. Prepáremela.

—Se la mandaré.

—No confío en los recaderos, tomaré un taxi. ¿Quince mil, como las otras?

—No, veinticinco mil.

—¿Puedo saber el porqué de la subida?

Duval vaciló unos segundos, como si no se atreviera a decir lo que pugnaba por brotar de sus labios.

—Verá... No me suponga tan ingenuo como para creer que paga ese dinero, sin otra finalidad que la de conservar una mediocre figura de escayola. Me ha comprado diecinueve obras. ¿Para qué las quiere?

La faz de Heinrich Ran no experimentó visible turbación. Con voz serena, repuso:

—Es el primer artista que se preocupa de lo que no sea la venta de sus

producciones. ¿Dejé de pagarle?

—No, pero...

—Colecciono obras que reflejan el espíritu romántico de París. Pagaré el aumento. ¿Podrá tenerme una pareja de gendarmes dentro de diez días?

—Sí. ¿Del mismo tamaño?

—Cinco centímetros menos. Aquí tiene lo que solicita.

Entregó a André un manojo de billetes. El escultor introdujo en un estuche de cartón, entre viruta de corcho y envuelto en un papel de seda, la figura por la que tan alto precio pagaba el alemán, quien, tras una cordial despedida, abandonó la casa.

Duval, pensativo, se preguntó a qué obedecería la extravagancia del germano, y luego, encogiéndose de hombros, abrió una caja de caudales disimulada tras un cuadro de la pared, y depositó en ella el dinero.

* * *

En su inconsciencia, Douglas Waring estaba abocado a la muerte. No obstante, una sensación de quemadura le hizo moverse entre las llamas y el humo. Segundos después, recobraba el conocimiento.

Su estupor fue breve. La presencia de George Barker trajo a su memoria los alucinantes sucesos de que había sido protagonista. Se incorporó con trabajo, mirando en torno suyo. La intuición le salvó de ser aplastado por una viga. Quiso alcanzar la ventana y una barrera de llamas procedente de la fachada se lo impidió, obligándole a retroceder.

Con las manos atadas a la espalda, sus movimientos eran torpes, faltos de equilibrio.

«Primero cortar las ligaduras», se dijo.

¿Cómo? Douglas no vaciló, y puso sus manos sobre una llama. El dolor de la quemadura estuvo a punto de hacerle gritar. Tensó las muñecas, convencido de que se estaba jugando la existencia a una carta, y, al fin, vióse libre.

De un manotazo apagó el fuego de su americana, y tosiendo, examinó su desesperada situación. El suelo donde pisaba era la tapa de un gigantesco horno, y no tardaría en desprenderse. ¿Qué hacer?

Miró la barrera de llamas que le obstaculizaba la ventana, y decidióse a saltar al parque. Era la única posible salvación.

Calculó las distancias, y con el brazo izquierdo protegiéndose el rostro, cruzó entre un mar de fuego, consiguiendo encontrar el hueco que comunicaba con el exterior. Saltó sin vacilaciones. La altura no era mucha, pero mala, la postura en que se lanzó, y rodó por el césped que circundaba la casa. Quiso ponerse en pie, sin conseguirlo. Le dolía un tobillo. ¿Fracturado? No se entretuvo en darse la respuesta. De un momento a otro, el edificio se derrumbaría.

Arrastrándose, consiguió dos objetivos; apagar el fuego que se iniciaba

de nuevo en su ropa y evitar ser sepultado entre las ruinas humeantes.

Tranquilizado con respecto a su futuro, examinó la pierna lesionada. No había rotura de hueso. Si acaso, una distensión de ligamentos. Con el pañuelo, improvisó un vendaje, notando alivio. No sin esfuerzo, se incorporó.

De cara al incendio, dedicó un recuerdo al coronel George Barker, uno de los héroes anónimos que en la guerra por la paz había dado su vida por no traicionar a su patria ni a los ideales que jurara defender.

El ulular de próximas sirenas le sacó de su abstracción. No deseaba dar explicaciones a los miembros de la Sûreté. Suponiendo que la policía y los servicios contra incendios se aproximaban por el boulevard Maillol, retrocedió hacia Allée de Longchamp.

Oculto tras un macizo de setos, pensó en las circunstancias que le condujeron a tal estado. Sus enemigos eran seres sin entrañas, capaces de todo por conseguir sus propósitos.

En su gesto habitual, fue a acariciarse los mostachos, medio abrasados. ¿A París de turista, a descansar? ¡Qué sarcasmo! Sergio Oates y sus cómplices iban a conocer en un futuro al retirado inspector Waring.

A la luz de una luna que asomaba tímidamente entre dos nubes bajas, Douglas examinó su aspecto. Era deplorable. Su traje presentaba numerosos rotos, y su rostro, con pequeñas quemaduras, denotaba su lucha contra la muerte. Le escocían las manos y muñecas. Hubo de vencerse para no mojar sus heridas en cualquiera de las fuentes públicas del bosque de Bolonia.

Un pensamiento le obsesionaba: llegar a la embajada de los Estados Unidos.

Bordeó el lago inferior y el Racing Club, y por la avenida del Hipódromo, pudo salir del magnífico parque y tomar un taxi en el boulevard Suchet.

—Place de la Concorde.

Había observado extrañeza en el conductor, y no quiso decirle el lugar exacto. A la mañana siguiente, quizá se conociese lo ocurrido, al hallar el cadáver de... Desechó la idea. Del coronel no quedarían más que cenizas. De todas formas, no le agradaba mezclar a la embajada en el asunto, al menos por las declaraciones de un chofer.

El vehículo siguió el camino más recto. Avenida Mandel, plaza del Trocadero, en la que se alza el palacio de Chaillot, avenida Kleber, Arco del Triunfo y avenida de los Campos Elíseos. A la altura del pequeño jardín que rodea Petit Palais, Douglas ordenó:

—Pare aquí.

Era el lugar menos iluminado. El conductor respiró al percibir el importe de la carrera y ver apearse a un viajero que por su bigote, pestañas y cejas chamuscadas, parecía haberse escapado de lo más profundo del

Infierno.

Waring comprobó de nuevo su deplorable estado al serle franqueada la verja por el portero de la embajada.

—Deseo ver con urgencia al Agregado Militar.

Sin terminar de abrir, el funcionario repuso:

—No son horas de visita. Vuelva mañana.

Douglas no quiso perder tiempo. Si entregaba una tarjeta sería recibido en el acto, pero ello representaba revelar su identidad. Con rápido movimiento empujó la verja y con la diestra hundida en el bolsillo de la americana, ordenó:

—¡Obedezca! Lléveme a su despacho, y pásele aviso.

El tono conminatorio y la creencia de que Waring empuñaba un arma, impresionaron al portero.

—Sígame. Sentirá haberme amenazado.

Douglas no contestó. Lo importante era hallarse el edificio diplomático.

Fue conducido a un gabinete de trabajo de la planta baja. Waring no pudo evitar una sonrisa al oír que el funcionario echaba por fuera la llave, dejándole encerrado.

De una abierta caja de tabaco sacó un habano, encendiéndolo. Mientras fumaba, sus proyectos tomaron forma.

No se incorporó al sentir abrirse la puerta, limitándose a volver la cabeza. Dos hombres le miraron con hostilidad.

—Entren —autorizó Waring—. No es a ustedes a quienes deseo ver, sino al Agregado Militar. Hablo un inglés bastante correcto como para que se entienda.

—Primero tendrá que demostrarnos su personalidad —contestó uno de los que llegaban.

—¿Es usted del C. I. A.? —inquirió Douglas, sin recibir respuesta—. No le supongo con tan poca experiencia como para no adivinar que no marcharé sin ver al que he dicho. Mantendré el incógnito, aunque les pese. ¡Vamos, no se queden como estatuas!

Irradiaban tanta energía las palabras de Waring, que sus interlocutores vacilaron.

—Vigílele tú, Michael. Llamaré al inspector.

—Será inútil, pollo. ¡Traiga de una vez al Agregado Militar!

—No reside en la embajada.

—Haber comenzado por ahí. Espero, entonces, al jefe del Servicio Secreto en París. Veo que sigue dudando. Le daré noticias de su organización, para que se convenza que no vengo a atentar contra nadie ni a pedir un empleo. El C. I. A. fue creado en 1947 y actúa independientemente o coordinado con el F. B. I., la Comisión de Energía Atómica, el Departamento de Estado y los cuarteles generales de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire, siendo responsable únicamente ante el

Consejo Nacional de Seguridad, que, a su vez, informa al Presidente. Su jefe es el general Walter Bedell Smith, elegido en 1950, y antiguo embajador en Moscú. Los más inmediatos subordinados del Director, son Allen Dulles, organizador de la Oficina de Servicios Estratégicos de Suiza y eminente abogado, así como Joftus Becker y Walter Reid Wolf, encargados, respectivamente, de los servicios de Inteligencia y Organización. El Hombre del director delegado, de Actividades Secretas se ignora, excepto en el Estado Mayor, como es de suponer. El «Psychological Strategy Board» —Junta de Estrategia Psicológica— bajo las órdenes del doctor Raymond B. Allen, es el organismo íntimamente ligado al C. I. A., pese a su carácter científico⁽¹⁾. ¿Consideran necesario que continúe?

Los modales de los dos hombres cambiaron.

—En absoluto, señor. ¿Cree conveniente que enviemos aviso al Agregado Militar?

—Sí. Mientras tanto, charlaré con el jefe del «Central Intelligence Agency».

Media hora después, ante las personalidades requeridas, Douglas Waring refirió los trágicos acontecimientos del bosque de Bolonia, ponderando la abnegación y el heroísmo del coronel George Barker. Cuando hubo terminado, reinó un largo silencio.

El director en París del C. I. A. meditó largo rato. Douglas dijo:

—Es raro que no nos conozcamos.

—No, señor Waring. Desde el año 1947, permanecí en Polonia, de donde he regresado hace unos meses. Con su permiso.

Salió para regresar a los pocos minutos e iniciar un diálogo intrascendente sobre la vida en París. Douglas, con su característica brusquedad, le espetó:

—No es necesario charlar de frivolidades. Sé que ha pedido noticias de mí por telégrafo a la Oficina Central del C. I. A. Mientras llega la respuesta, prefiero pensar. Usted sabe mi nombre. Yo ignoro el suyo. ¿Cuál es?

—Leslie Boyce. Me agrada su carácter, inspector.

—Y a mí sus prevenciones. Son garantía de éxito.

Los dos americanos se sonrieron. El Agregado Militar, incorporándose, sirvió tres cortadillos de *whisky*.

—Bebamos. ¿A qué espera, señor Waring, para informarnos de sus proyectos?

—A gozar de plena confianza. Juzgó conveniente aguardar la respuesta de Washington. ¿Tardará mucho?

—Apenas unos minutos. Pedí el informe con carácter urgente. Estimo que no es obstáculo para que nos diga lo que piensa hacer. Si usted no lo realiza, lo hará cualquier otro.

Douglas sonrió.

—Mal me conoce. Con autorización del C. I. A. o sin ella, me consagraré

a vengar a George Barker. Era gran amigo mío. Llegado el caso, lucharé contra el grupo de espionaje que nos capturó, contra la Sûreté, y si es preciso, contra usted. Permaneceré en París el tiempo suficiente para encontrar a Sergio Oates y a Perry Simpson.

—¿Nada más?

—Sí. Me interesa saber el nombre del que ordena tales actos de crueldad. Les expondré mis planes. El inspector Douglas Waring ha muerto junto al coronel Barker. La noticia deben publicarla los periódicos sin dar soluciones, como un misterio. Los organismos oficiales ignoran la causa por la que los dos norteamericanos se hallaban en las oficinas del Jardín de Aclimatación del bosque de Bolonia. Incluso debe aventurarse la sugerencia de una noche disipada en compañía de alguna muchacha, y que el incendio se produjo casualmente. La muerte del vigilante nocturno ha de silenciarse.

Waring hizo una pausa, para continuar:

—No me costará mucho sacrificar mis chamuscados bigotes y, con el hilo del enigma que poseo —la identidad del escultor—, tenderé una red en la que caerán los que tanto preocupan al Servicio Secreto.

—¿Qué interesaría de nosotros? —inquirió, interesado, Leslie Boyce.

—Poder ordenar con plenitud de atribuciones a los miembros de los grupos de acción; absoluta independencia de movimientos, y un pasaporte falso a nombre de John Frankel, por ejemplo. Después de afeitarme los mostachos y reducir la anchura de mis cejas, bastará oscurecer mi tez y unas gafas para que nadie me reconozca. Mi tobillo enfermo me hará cojear el tiempo necesario. El resto queda de mi cuenta. Preciso, naturalmente, un par de refugios del C. I. A. en París, con laboratorio y extenso guardarropa. ¿A dónde va, Leslie?

—Por el médico. Lo ocurrido me impresionó tanto, que me olvidé de usted.

—Espere un segundo. Douglas Waring ha muerto, incluso para sus más fieles colaboradores.

—Lo tendré presente.

Fue a salir, pero un hombre entraba en ese momento, portando la respuesta al telegrama dirigido a Washington.

—¿Algo más, señor?

—Puede retirarse —apenas el telegrafista lo hubo hecho, el jefe del Servicio Secreto americano en París tendió la mano a Waring—. El Estado Mayor le confirma eventualmente en su cargo de inspector, ordenando que mi Departamento se ponga a sus órdenes.

—Bien. Ocúpese de que la prensa publique lo que le he dicho, y venga con el médico. Invertiremos el resto de la noche en discutir mi plan...

Douglas Waring, el que aseguró a George Barker que no se mezclaría en más aventuras, pareció rejuvenecido con la noticia de que sus superiores

continuaban dispensándole plena confianza...

CAPÍTULO IV

LA ARAÑA TEJE LA RED

Durante dos días, René Howland sintióse incapaz de pensar en lo que no fuera Eva Tuner, la frívola mujer sin corazón, y en Douglas Waring, que tras comportarse paternal y bondadosamente con él, le golpeó con brutalidad. De no ser por las heridas y moraduras de su rostro, hubiera ido en busca de André Duval para decirle lo que pensaba de él.

El paso de las horas fue serenando el conturbado ánimo del joven escultor. A las ansias de desquite sucedió la indiferencia y, tras la apatía, el examen de los hechos desde un punto de vista objetivo, sin dejarse arrastrar por lo que Eva calificó en su carta de amor propio.

«No sabes lo que has ganado al perderla». La frase de Waring, que al principio le indignó, fue agigantándose en su cerebro. Lo cierto era que desde que conoció a Eva no tuvo más que un afán: el dinero, y por conseguirlo hubiese sido capaz de convertirse en un André Duval, en prostituir su arte, del mismo modo que se puso fuera de la Ley.

Le dolía saberse abandonado, incomprendido en sus méritos. Serenamente, hubo de reconocer que Eva era un lastre pesado para su vida y su carrera.

Su proceso sentimental podía definirse en cuatro períodos: doce horas de cólera, de ansias de matar; otras doce de abatimiento y dolor; doce más de razonamiento subjetivo que, al fin, dieron paso a la serenidad.

Recordó la frase de Nicolás Sebastián Roch: «Es preciso elegir entre amar a las mujeres o conocerlas. No hay otro medio».

René había amado a Eva; ahora la conocía.

No sin sorpresa observó que la rabia no temblaba en sus manos al reanudar el trabajo. Se abstrajo en su tarea de desbistar la madera de la que estimaba su mejor obra. Miraba al modelo en escayola, y de vez en vez surcaba su cuerpo un estremecimiento. Eran constantes los recuerdos, más no desesperados. ¡Invirtió tantas jornadas en modelar el cuerpo de Eva!

Tan abstraído se hallaba en su tarea, que no sintió entrar a un hombre con el rostro rasurado y gafas, que cojeaba levemente.

—Perdone, señor. ¿Le molesto?

Howland volvióse sorprendido, examinando a su interlocutor.

—No mucho. ¿Qué se le ofrece? ¿No se habrá equivocado?

—No. Le busco a usted, René. Me interesa la escultura, y quise ver algunas de sus obras. ¿Me autoriza a sentarme?

—Hágalo, y perdone mi brusquedad. No me gusta ser interrumpido en

mi labor. ¿Quién le dio mis señas?

—Un hombre llamado Douglas Waring. Me dijo que acababa de abandonarle, y que era usted un artista maduro. Me aconsejó que le visitara.

—¿Por qué no vino con usted? Me agradecería verle para manifestarle mi gratitud.

—¿Por un cliente?

—Por algo de más importancia. ¿Americano?

—Sí.

—¿Turista?

—¿Quién no se siente un poco turista en París? Es una maravillosa y acogedora ciudad. A todos abre sus brazos. Waring me hizo de usted grandes elogios. Le aprecia.

—Y yo a él. Si conoce sus señas, le ruego que me las facilite. He de visitarle. ¿No se atreve a preguntarme a qué obedecen las señales de mi rostro? Me dio una paliza para impedirme cometer una tontería.

—¿Con éxito?

—Completo. ¿Entendido en escultura?

—Admiro a Rodin. Su amigo estableció un paralelo entre usted y él. Me aseguró que seguía su escuela.

—¿Conoce los trabajos de Augusto Rodin?

—A través de reproducciones. El alemán Gunter Bohmer publicó un libro con sus principales obras. Son láminas de gran perfección fotográfica. En España, en dos tomos, dentro de la colección «Monografías de Arte» y con un breve resumen de su vida y obra, a cargo de Rafael Marquina, se ha hecho algo semejante, más completo, desde luego. Permítame ver sus figuras.

Se encaró con el desnudo en el que René trabajaba, comentando:

—Tiene la misma preocupación que Rodin: «Músculo, Hueso. Vida bajo la piel». Muéstreme lo terminado.

Howland lo hizo, satisfecho de los elogios que brotaban de labios del visitante, que se detuvo especialmente ante un grupo de no grandes dimensiones, que representaba una mujer y un niño. El pequeño descansaba la cabeza en el pecho de su madre. En la composición había ternura, amor.

—¿Le gusta?

—Mucho. Se lo compro. ¿Qué pide?

Howland, sorprendido, sonrió. Jamás había pensado en venderlo.

—No lo sé. No creí que a nadie le interesara comprarlo.

—¿Me autoriza a que le ofrezca? Gracias. Le doy setenta y cinco mil francos. Vale más, pero es todo el dinero de que puedo desprenderme. ¿Acepta?

René tragó saliva, sorprendido y gozoso. Su primer pensamiento fue

para Eva.

—Sí, claro. Es una buena oferta.

—Trato hecho. Traía preparada esa suma, por si llegaba el momento de comprar.

Tendió a Howland un sobre con billetes, que el joven se guardó en el bolsillo de la americana.

—Pesa mucho para que se la lleve usted. Yo la enviaré a su domicilio.

—Iremos los dos juntos. Antes quiero darle una mala noticia. ¡Douglas Waring ha muerto asesinado! Lo publicaron todos los periódicos.

—Desde hace cuarenta y ocho horas no leo ninguno —René estaba muy pálido—. ¿Quién ha sido el canalla? Era un hombre bueno.

—Por eso le mataron —larga pausa. El visitante del escultor inquirió—: ¿No le importa que hablemos de usted? ¿Cuáles son sus ideas políticas?

—Carezco de ellas. Amo a mi patria y deseo la paz. La guerra es la negación de la belleza. ¿Qué tiene que ver eso con Douglas?

—Mucho. ¿No me encuentras algo familiar?

—Desde que ha entrado; pero no sé qué es.

—Lo celebro. Yo soy Douglas Waring, René, que ha resucitado para verte. Toma. Lee el periódico.

El inspector del Servicio Secreto, sin dar tiempo al joven para que se repusiera de su asombro, le tendió un ejemplar del «París Presse». René leyó la información de primera página, en la que se relataba el incendio y el trágico fin del coronel Barker y de Waring. Al terminar, inquirió:

—¿Qué significa esto? ¿Todo es una burla?

—No. Óyeme con atención. Perdóname que te tuteó como cuando te conocí. Para mí eres... un hijo espiritual. Sé valorar a los hombres, y no dudo en confiarte un secreto del que depende, con mi vida, esa paz que tanto ambicionas. Cierra la puerta por dentro. Hablaremos en voz baja. No te descubrí enseguida mi personalidad porque ignoraba cuál habría sido tu reacción. Veo que es la de un hombre de honor, y te felicito.

Se acomodó en una silla, siendo imitado por el escultor, que no cesaba de mirarle. Sosegadamente, Douglas fue refiriéndole su entrevista con George Barker, el descubrimiento del fin que se daba a las estatuillas de André Duval, la captura, el tormento, el incendio y si milagrosa salvación.

—Vine a tomarme un largo descanso, y me encuentro en el deber de ayudar a mi patria. Mentiría si te ocultase mi afán de desquite. Te necesito. ¿En qué piensas?

—En André. ¿Le supone un traidor?

—Es prematuro juzgarle. Lo cierto es que él ha de conducirme a la localización de sus clientes... ¿Qué lince?

Howland había sacado el sobre con el dinero, ofreciéndoselo a Waring.

—Devolverle lo suyo. Ha acabado la comedia.

—Te equivocas, René. Comprándote esa obra no te entrego una limosna

ni pretendo sobornarte para que me ayudes. Simplemente realizo un buen negocio. Dentro de unos años, por lo que he pagado setenta y cinco mil francos me darán, si deseo venderlo, trescientos, o cuatrocientos mil o un millón. Rodin comenzó como tú. Su primera obra, «El hombre de la nariz rota», fue rechazada para la Exposición de 1864. Años después, conjurado por «La edad de bronce», la crítica se desbordó en elogios. Aunque turista, sin más conocimiento del arte que un puñado de dólares o de libras — repito casi tus mismas palabras—, sé apreciar lo bueno. Ese dinero te permitirá mostrarte en los mismos círculos sociales que Duval durante unas semanas, demostrando a Eva que se equivocó en la elección. La vida, según Tolstoi, es una misión, y si dejara de serlo se convertiría en un infierno. Mi llegada a París me ha sugerido dos misiones: la de luchar contra los enemigos de la paz, y la de hacer de ti lo que ambicionas: un artista insobornable. No me será difícil, apenas termines la obra en que trabajas, conseguir que mi Embajada patrocine una exposición. Vivo solo, sin otras alegrías que las que me proporciona mi conciencia. No seas orgulloso, y permíteme que te proteja.

Temblaba la voz de Douglas. René, conmovido, le tendió la mano con gratitud:

—Necesitaba que alguien me hablara de ese modo. Disponga de mí para todo, señor Waring.

—Olvídate de mi verdadero nombre. He muerto. Tu comprador de hoy se llama John Frankel. Cualquier imprudencia puede acarrearle el mismo fin que George Barker. Quizá corras riesgos. Nada te obliga a ello. Mis promesas continúan en pie, aun cuando tenga que actuar solo.

—Yo le secundaré.

—Lo sabía. Toma un revólver y una licencia expedida a tu nombre por el Servicio Secreto. Quizá lo necesites. Escúchame sin interrumpirme...

* * *

En la plaza, de San Agustín, donde se alza la iglesia consagrada al santo del mismo nombre, magnífico edificio de estilo románico, en contraposición a los valores del espíritu y al Decálogo católico, el «music-hall» «La Manzana de Oro», pese a su ancho vestíbulo y a su doble juego de puertas, permitía que la música de baile y de las atracciones se oyera en el exterior. No era un establecimiento de lujo, pero sí uno de los más famosos de París y el más concurrido, merced al no exagerado precio de las consumiciones y al llamado «tablado de arte» en el que, previa una prueba por parte de la empresa, podían demostrar sus aptitudes cuantos ambicionaban el triunfo en la danza y la canción frívola. El local era frecuentado por artistas de sólida o mediana posición económica. Más que un «music-hall», «La Manzana de Oro» podía considerarse como un club del que estaban excluidos los desheredados de la fortuna. En él reservábase

el derecho de admisión y no lidiaban los inevitables turistas, para los que siempre se duplicaba el precio de las bebidas, consigna dada a los camareros por el dueño del establecimiento.

Aquella noche, como tantas otras, el numeroso público que llenaba la sala contemplaba el segundo pase del espectáculo, premiando con aplausos las diversas situaciones.

Douglas Waring y René Howland entraron en el local terminadas las variedades. Una orquesta de música moderna, integrada en su totalidad por negros, interpretaba un alocado «boogie-boogie». Un camarero se les acercó.

—Lo siento, señores. No queda mesa disponible.

—Gracias —repuso el escultor—. Compartiremos la de algún amigo.

Había distinguido al fondo, en uno de los laterales del escenario, a André Duval y a Eva Tuner. Apretó los puños.

—Recuerda lo que me has prometido —le advirtió el inspector.

—No lo olvidaré.

Se aproximaron al lugar deseado, observando que la muchacha tenía fruncido el entrecejo, en un gesto de contrariedad. André, por el contrario, fumaba tranquilamente un cigarrillo. Él fue quien primero distinguió a René, y, con una cordial sonrisa, incorporándose, dijo:

—Me alegro de verte. Temí que estuvieras enojado conmigo.

—No hay motivo para ello —repuso el joven, con serenidad—. No encontramos sitio. ¿Te importa que te acompañemos?

—Al contrario.

Douglas Waring observó que Eva movíase con nervosismo. Los dos escultores se comportaban como si la mujer no existiera.

—Mi amigo John Frankel... El señor Duval, de quien ya le he hablado.

—¿Mal?

—Todo lo contrario —repuso Douglas, mientras estrechaba la mano de su interlocutor—. Le he oído lamentarse de que posponga su talento al logro de fines comerciales. Perdóneme la sinceridad.

—Se la estimo.

Los hombres se acomodaron en torno a la mesa. Eva Tuner tosió levemente. René, como si reparara por vez primera en la muchacha, comentó sarcástico:

—Creí que no te habrían dejado entrar. Está reservado el derecho de admisión —Douglas le pisó el pie, por debajo de la mesa—. Perdona, André. No supe reprimirme.

El asombro de Waring y del joven escultor fue grande al oír:

—No es preciso que te disculpes. Debí quedarme realizando las faenas domésticas. Sirve de criada a la perfección. En mi casa no ocupa otro puesto. Jamás destruyo una amistad por una mujer.

Eva, furiosa, humillada, incorporóse con violencia, abandonando a los

tres hombres, que la vieron salir del local. Duval comentó:

—Aunque no tengo grandes esperanzas de que se regenere, convirtiéndose en un ser útil a la sociedad, le conviene recibir serias lecciones. Se presentó como una vampiresa, y yo la dejé convertida en una sirvienta.

—¿No habrá sido usted demasiado duro? —insinuó Douglas.

—No. Pasada su furia, me estará aguardando en el estudio. Su amor propio le ha dictado un objetivo: seducirme. No lo conseguirá.

El inspector del Servicio Secreto, que no cesaba de observar a André, comprendió que se hallaba ante un joven de recio carácter. No le consideró capaz de pertenecer a una organización en la que figurasen Sergio Oates y Perry Simpson. No obstante, quiso cerciorarse de ello:

—Los dos tenemos un común conocido, señor Duval.

—¿Quién?

—Heinrich Ran.

El rostro de André no demostró sorpresa ni temor.

—Es uno de mis mejores clientes. Aún no concibo como paga tanto dinero por figuras mediocres en escayola. ¡Si al menos fuesen tallas!

—¿Le visita con frecuencia?

—Tres o cuatro veces por mes.

—Perdí su tarjeta. ¿Tendría inconveniente en facilitarme sus señas?

—Será difícil. No sé el grado de amistad que les une, pero ese alemán es un hombre extraño. No ha consentido que le envíe a su domicilio ni una sola de las obras. Prefiere tomarse la molestia de llevarse lo que adquiere. Su tarjeta, que llevo conmigo, carece de más datos que su nombre y apellido. Véala.

Mostró a Waring una cartulina idéntica a la que le enseñara el coronel George Barker y que fue encontrada con la estatuilla dirigida a Joseph Popsky, el polaco residente en Dessau. El inspector del Servicio Secreto aparentó contrariarse:

—Lo siento... Usted puede resolverme el problema que me inquieta. He de enviar unos dólares a Berlín y...

André Duval tamborileó en el tablero de la mesa con los dedos de su mano izquierda.

—Continúe. Se lo ruego.

—Los recuerdos de París, de escaso valor, pasan la aduana sin demasiados contratiempos. Quería encargarme a Heinrich que le adquiriese cualquier obra, a fin de ocultar en ella el dinero que he de enviar a mis familiares. Su amistad con René me autoriza a decírselo. Necesito una figura bastante hueca para taponarla de escayola. En su interior irán los billetes. ¿Qué me responde?

Duval guardó un largo silencio. Ahora comprendía la razón por la que Heinrich Ran no discutía el precio de sus adquisiciones. Se impuso su

sentido práctico.

—Hizo mal en decírmelo, señor Frankel. Le definiré mi posición. Soy un escultor que cobra y se olvida de sus clientes y de lo que se llevaron. Nadie puede culparme de complicidad. A usted no le vendería ni por un millón de francos. Mis señas las conoce René. Ignoro si Heinrich compra para sí...

Waring comprendió la alusión. El escultor quiso decirle que enviara un intermediario.

—Gracias por su consejo, señor Duval. Parece usted un joven de talento. Howland conoce mi gran afición por las Bellas Artes. ¿Por qué no me enseña su estudio? ¿Le importaría? Así podré elegir la obra que hubiese adquirido a no ser por mi imprudencia.

—De acuerdo. Comenzaba a aburrirme. Antes de marcharnos quisiera te hicieras cargo, René, que no tuve culpa en lo de Eva. Me indignó tanto su comportamiento, que en bien de ella y en honor tuyo, la estoy haciendo comprender que sus encantos se estrellan con la dignidad de un hombre. ¿La mano?

Howland tendió su diestra a Duval, mientras Waring se decía que aquel artista le era simpático. El inspector del Servicio Secreto sugirió:

—Iremos en mi coche. Siento curiosidad por comprobar si es acertado su juicio con respecto a la muchacha. ¿Asegura que le esperará ataviada con sus más provocativas galas?

—Sí.

—¿No será que esté verdaderamente enamorada de usted?

André dudó unos segundos, antes de responder:

—No la considero capaz de elevados sentimientos.

Depositó unos billetes en manos de un camarero y salieron del «music-hall» sin mirar al escenario, en el que comenzaban a actuar los artistas noveles. Ya en el moderno «Dodge», de matrícula particular, facilitado a Waring por la Embajada, Duval se disculpó:

—Perdone, señor Frankel, que no le haya invitado. Lo haré en casa. Estaba algo nervioso. Quiero a René, y temí una escena violenta de la que los dos nos hubiéramos arrepentido.

—Comprendo. ¿Cuál es su domicilio?

—Habitó en el número 32 de la rue de Saint Honoré, frente a la Embajada británica. Iremos directos por el Boulevard Malesherbes y la rue d'Anjou.

Douglas, mientras conducía, iba pensando que el hilo del enigma con el que pensaba tejer una espesa red, estaba a punto de quebrarse. Una incógnita le obsesionaba: ¿Por qué habiendo averiguado sus enemigos la intervención de las estatuillas en la frontera, continuaban adquiriéndolas? No supo darse una respuesta satisfactoria.

La voz de André que, con Howland, ocupaba uno de los asientos posteriores, le sacó de su abstracción. Nada había sospechoso en la

conducta de Duval, quien, luego de franquear la puerta del piso con su llavín, les condujo al estudio. A los pocos segundos entró Ann Bickley, portando una bandeja con una taza de leche y galletas. En su mano derecha llevaba una servilleta.

—Disculpame, André. No sabía que te acompañaban amigos.

—Hola, Ann. Trae licores y dulces. ¿Por qué no té acostaste? ¿Y Eva?

—Regresó muy apenada y se ha retirado a su cuarto. Intenté en vano consolarla.

—No pierdas demasiado tiempo.

La sirvienta se retiró, y Waring fue examinando las diversas obras de Duval. René conocedor de la franqueza del inspector, quiso suavizar el juicio de este diciendo:

—André tiene exceso de trabajo.

—Ya lo veo. Aquí las superficies son superficies, no extremidades de un volumen. Las figuras carecen de sentimiento. ¿Admira usted a Rodin?

—Sí.

La respuesta fue seca, molesta. Pese a su materialismo, Duval comprendía que el llamado John Frankel estaba en lo cierto. La sorpresa de Waring fue enorme al ver entrar a Eva portando *whisky*, coñac, un sifón y tres vasos. La muchacha se cubría con un provocativo salto de cama.

—Ann se ha acostado a ruegos míos. Deseaba pedirte perdón por mi comportamiento. ¿Necesitas algo?

—Nada; gracias.

La joven se retiró tras desearles a todos buenas noches. Douglas dijo:

—Conoce usted el corazón humano, señor Duval. No sé cómo puede resistirla. Es deliciosa. Perdona, René. Me olvidé de ti. ¿Un cigarrillo?

Los tres hombres fumaron en silencio. André ironizó:

—Me creo en el deber de ser sincero con usted, señor Frankel, del mismo modo que lo fue conmigo. Prefiero vender... superficies a traficar en divisas. La policía no se ocupará nunca de mí.

—¿Está seguro?

La mirada de Waring se clavó inquisitiva en la de Duval, que la resistió sin pestañear.

—Por completo. ¿Tiene algún motivo para dudarlo?

—Sí; Heinrich.

—Es un cliente. Viene, compra y paga. ¿Insinúa que se dedica a su mismo negocio?

—No. ¿Va usted todas las noches a «La Manzana de Oro»?

—Sí.

—Mañana le presentaré a un amigo que desea llevarse a los Estados Unidos un recuerdo de París. ¿Tendrá reparo en venderle?

—En absoluto. ¿Ya se va?

—No quiero molestarle más. Acompañaré a René a su casa y, después,

pasaré un rato en cualquier cabaret. Me gustan las chicas francesas.

—A mí también, señor Frankel.

Se despidieron brevemente. Una vez solo, Duval se dirigió a la cocina en busca del vaso de leche que Ann le dejaba al calor del horno, y que él había rechazado para pedir licores. Encontró a la sirvienta en actitud pensativa.

—Te supuse durmiendo.

—Fue un pretexto para justificar que Eva te llevase lo que pediste. No es tan mala como me la imaginé en un principio. ¿Te sonríes?

—Sí. No conoces la mentalidad de esa muchacha.

Mientras tanto, en el interior del «Dodge», René interrogaba a Douglas Waring:

—¿Qué le ha parecido Duval? ¿Le supone complicado en el espionaje?

—Es prematura una respuesta.

El inspector del Servicio Secreto puso en marcha el vehículo. Por la rue Royale, la Plaza de la Concordia y el muelle de las Tullerías, llegaron al puente de Solferino, donde Douglas detuvo el coche, apeándose. René inquirió:

—¿A dónde vamos?

—A conversar sin testigos. No me fío ni aún del automóvil.

—¿Por qué?

—Me lo facilitó la Embajada, y me consta que en ella hay un traidor.

—¿Por qué?

—Nuestros enemigos supieron al mismo tiempo que yo la intervención de los mensajes. No quiero asustarte, René; pero me ronda la muerte. Ve a casa por tus propios medios. Es necio que arriesgues tu vida.

Howland sonrió.

—No pierda el tiempo en consejos prudentes. Juntos obtendremos el éxito o el fracaso. ¿Qué mira?

—La tela que una araña teje en la rama de ese árbol, al que ilumina el foco del alumbrado eléctrico. Hoy no he podido hacer yo lo mismo.

Douglas Waring se equivocaba, y las circunstancias no iban a tardar en demostrárselo...

CAPÍTULO V

MÚSICA, CHAMPAÑA Y MUERTE

—Te ordené que no vinieras, René. ¿Por qué lo hiciste?

—Deseaba oír música y tomar champaña. ¿No me invita?

Howland sonreía a Douglas Waring, quien, ganado por el afecto que el muchacho le demostraba, le autorizó:

—Siéntate —hizo una seña al camarero, pidiendo otra copa—. A pesar de mis indicaciones en contrario, te esperaba. André se retrasa. Es la misma hora de anoche.

—Quizá Eva le haya entretenido.

El semblante de René se ensombreció al pronunciar tales palabras.

—¿Aún la sigues queriendo?

—Sí.

—Consuélate con las que actúan en el escenario. Son preciosas.

La orquesta interpretaba un vals vienés, mientras cinco bailarinas, ataviadas con velos transparentes, evolucionaban en el tablado. El público que, como era costumbre, llenaba el local, aplaudió largamente. Segundos después, la música de baile poblaba la pista de parejas.

El camarero trajo la copa solicitada, en la que Waring vertió champaña, depositando de nuevo la botella en la cubeta con hielo.

—«Cliquot». No escatima los francos. ¿Duda de que venga André?

—Allí se acerca.

Duval, sonriente, vestido con un traje gris de impecable corte, se aproximó a René y a Douglas.

—Perdone si le hice esperar, señor Frankel. Me entretuvo Heinrich Ran. Por cierto que afirma no conocerle.

—Es natural. Toma precauciones. ¿Le compró otra figura?

—No. Vino a que le pegara un brazo de una de las adquiridas. Se le había caído.

—¿Arrancado de raíz?

—Sí.

—Es raro que no se le hiciera añicos. La escayola es muy quebradiza. Aún no ha venido mi amigo. ¿Champaña?

—No; café.

Volvióse para llamar al camarero, quedando de cara a la puerta de entrada. De sus labios no brotó frase alguna, y su diestra, extendida en el aire, tembló. En el vestíbulo, cinco hombres, cubiertos los rostros con pañuelos, empuñaban metralletas de tambor. Un sexto individuo, con una

«Browning», adelantó unos pasos. Lentamente fue haciéndose el silencio. Todos los rostros se volvieron a los forajidos que, inmóviles, aguardaron a que los de la orquesta se dieran cuenta de su presencia. Una mujer lanzó un apagado grito, desmayándose.

El que parecía mandar el grupo, dijo en voz alta:

—De izquierda a derecha vayan alineándose en semicírculo, de espaldas a las paredes y al escenario. No quiero matar, a no ser que se me obligue a hacerlo. Usted primero, señor. ¡La orquesta debe seguir tocando! ¡Vamos!

Intimidados, hombres y mujeres obedecieron.

Waring susurró a René:

—Pronto nos corresponderá a nosotros.

Tenía la certeza de que no se trataba de vulgares atracadores. La débil tela que tejió la noche anterior atrapaba a la araña en lugar de la presa deseada. Observó que el indeseable que empuñaba la «Browning» iba examinando los rostros de los hombres. ¡Le buscaban! ¿Cómo le habían descubierto?

Los que esperaban ser desvalijados de sus efectos de valor sufrieron una grata sorpresa al no recibir instrucciones en el sentido de que depositaran en el molo alhajas y dinero. Las mesas continuaban vaciándose.

Un hombre, que permanecía acodado en la barra del bar, llevó su mano a la cintura. Una metralleta entonó su trágico himno de muerte, y el agente de servicio del «music-hall», segado por los proyectiles, murió antes de caer al suelo. Las detonaciones fueron ahogadas por la música.

Hubo unos segundos de confusionismo. Varias mujeres gritaron. El jefe de los asaltantes hizo una seña a sus cómplices, quienes, con las armas en disposición de disparar, acercáronse más al que les mandaba. Waring, convencido de que él era la víctima elegida, dijo a los escultores, en voz que era un susurro:

—¡No os mováis! No os harán nada.

E, inesperadamente, con agilidad impropia de sus años y de su corpulencia, se arrojó en «plongeon» contra una pequeña puerta que comunicaba, sin duda, con las oficinas y camerinos de las artistas. Dos ametralladoras tabletearon, pero las balas, disparadas a la altura del pecho del que huía, se perdieron altas.

Douglas, fuera de la vista de sus enemigos, corrió por un largo pasillo cerrado al fondo por un camerino, en el que penetró, consciente del valor de los segundos. Una mujer, en la que el inspector reconoció a una de las bailarinas, apresuróse a ocultar su desnudez tras un biombo. La proximidad de la muerte no impidió al del Servicio Secreto ser irónico:

—No se inquiete, *mademoiselle*. No voy a verle más de lo que enseñó en el escenario.

—¡Váyase de mi cuarto!

—Enseguida. Indíqueme por dónde lo hago. En la puerta me esperan

para matarme.

Había entreabierto la hoja de madera, y pudo ver a tres individuos registrando todas las habitaciones. Un griterío indicó que las chicas de conjunto fueron sorprendidas como la danzarina. Cerró por dentro, apremiando a la mujer:

—¡Pronto! ¿Hay alguna ventana?

—Sí. Detrás de mí. ¿Qué ocurre?

—No queda tiempo para explicaciones. ¿Se ha vestido?

—Sí.

—¡Venga conmigo! Si adivinan que estuve con usted, quizá la maten.

—¡Pero...!

Waring no le dio tiempo a continuar hablando, y cogiéndola de una muñeca, la obligó a seguirle. La ventana era amplia, y pudo saltar con facilidad, no sin antes alzar una persiana de madera. La bailarina estaba impresionada por el tono conminatorio del inspector.

Se hallaban en la rue Laborde, una pequeña calle que comienza en la plaza de San Agustín y termina en la rue Rochen, hacia la que corrieron.

Al doblar la esquina, Waring, deteniendo un taxi, invitó a subir a la mujer.

—¿Qué dirección, señor?

—Cualquiera. Lo esencial es que se aleje de aquí.

El chofer, encogiéndose de hombros, arrancó en dirección a la rue Saint Lazaire, mientras Douglas ofrecía un cigarrillo a su acompañante. Al encender el mechero reparó que era una mujer muy bella, de extrema juventud.

—Perdone que la haya complicado en esto, señorita, obligándola a acompañarme. No me atreví a dejarla expuesta a un interrogatorio de suma dureza. Ellos lo arriesgaron todo por capturarme. ¿Cuál es su nombre?

—Olga Popsky.

—¿Polaca?

—Sí; mis padres residen en Dessau. Vine a París a abrirme camino. No me agradaba la idea de envejecer tras el mostrador de una tienda de antigüedades.

Waring estaba habituado a toda clase de sorpresas, pero aquella le dejó mudo durante unos segundos. El automóvil corría por el Boulevard Montmartre.

—¿La autorizaron ellos?

—No tenían por qué hacerlo. Enviudé a los tres meses de casarme. A mi marido le mataron de un balazo en la espalda, sin que se haya conseguido averiguar quién fue el asesino. Ayudaba a mi padre en su negocio. ¡Pobre Heinrich!

El corazón de Douglas pareció detenerse de pronto.

—¿Heinrich? ¿Cuál era su apellido?

—Ran. ¿Le conocía?

El inspector del Servicio Secreto consiguió dominar sus nervios en un alarde de voluntad. Contestó con una pregunta:

—¿Cuál fue el móvil del crimen?

—El robo, al parecer. Le faltaban sus efectos personales. ¿A dónde me lleva?

—Al sitio que desee. Aún no me he presentado. Me llamo John Frankel.

—¡Dé orden de que regresemos a la plaza de San Agustín! He de actuar allí dentro de media hora.

Waring obedeció. Su cerebro era un torbellino de ideas confusas. Con palabra ponderada refirió a la mujer el asalto a «La Manzana de Oro» y su huida.

—Buscaban a un hombre, y escapé temeroso de que fuera yo.

—¿Por qué lo dedujo?

Douglas, buen actor, simuló vacilar.

—Me dedico a negocios... en especial al de divisas. Sin pretenderlo, me he cruzado en el camino de una organización internacional. ¿Comprende?

—Sí. ¿Por qué no se va de París?

—Aguardo importantes envíos. Más de cien mil dólares.

El diálogo, en tono que era un susurro, cesó unos minutos.

—Debiera enfadarme con usted por lo que me dijo en el camerino. No soy una cualquiera, como supuso al verme bailar. Lucho por la vida y ningún cabaret francés quiere atracciones con demasiada ropa. En mi existencia privada me comporto con recato.

—No lo dudo.

Olga era una mujer de espléndida hermosura, y su mirada desmentía las palabras por ella pronunciadas. Tenía unos ojos rasgados, dulces como una caricia. Al posarse insistentemente en los del inspector, este se turbó.

—¿No la habré acarreado complicaciones obligándola a abandonar el camerino?

—No. Diré que salí por la puerta de servicio para comprar cigarrillos, y que me entretuve con un conocido. No le mencionaré a usted.

—Gracias. Estamos llegando. ¿Volveremos a vernos de nuevo? Es usted deliciosamente comprensiva. ¿Podré visitarla en su camerino?

—Por mí no hay inconveniente... siempre que llame. Hoy olvidé echar el pestillo.

—Grato olvido. Pare aquí, chofer.

Descendieron del vehículo en las inmediaciones del «music-hall», separándose. Waring, incapaz de contenerse, dirigióse a la puerta principal del local, en la que se agrupaba numeroso público.

—Buenas noches, señor Frankel —le saludaron a su derecha—. Tuvo razón René al asegurar que volvería. Corrió más riesgos huyendo que

nosotros quedándonos.

Era Duval el que hablaba. Douglas vio en el rostro del joven Howland una expresión de alivio.

—¿Qué hacen fuera?

—Los gendarmes desalojaron la sala. ¿No trajo su «Dodge»?

—Vine dando un paseo, y le propongo que hagamos lo mismo. ¿No te parece, René?

—De acuerdo.

Cruzaron la plaza de San Agustín para caminar por el Boulevard Haussmann. André inquirió:

—¿Tuvo miedo?

—Bastante. Con usted no son necesarios los secretos. Sabe que me dedico al tráfico de divisas. Los miembros de una organización rival me buscaban. Reconocí ni jefe por su manera de actuar. Era Sergio Oates.

Aunque observaba a Duval, no pudo descubrir en él la menor alteración.

—¿Por qué no les denuncia a la policía?

—No me conviene. He conseguido burlar la vigilancia de la policía, y no voy a presentarme voluntariamente ningún comisario. ¿Qué ocurrió después de haberme ido?

—Tres hombres con metralletas fueron en su persecución, y los restantes continuaron el examen de los rostros de los hombres. No robaron ni agredieron a nadie. ¿Le hubieran matado, de encontrarle?

—Quizá se habrían limitado a llevarme con ellos para que les entregara el depósito de dólares y libras que me propongo hacer salir de Francia.

—Los individuos que abandonaron el local en su seguimiento, tardaron en volver unos minutos. Entonces el jefe dio orden de partir. Me acerqué al que mataron. Mezclado con la sangre había champaña. La orquesta continuaba interpretando música de «jazz». La ausencia de peligro nos devolvió la serenidad. Un camarero, sorprendido por el asalto al descorchar una botella, terminó de hacerlo. El ruido nos sobresaltó. Avisados por el gerente, llegaron los gendarmes. Un capítulo ideal para una novela de aventuras. Yo lo titularía: «Música, champaña y muerte».

—Tiene usted mucha imaginación, señor Duval... ¿Nunca se ha dedicado a la literatura?

—Hice algunos ensayos. Es preferible tratar con clientes que ignoran el arte, a hacerlo con editores habituados a las buenas novelas.

La conversación giró a partir de entonces en torno a las letras. René, al atacar al género denominado popular, provocó una réplica del inspector Waring:

—No te dejes arrastrar por la neurastenia de unos cuantos fracasados. Ya sé que algunos escritores, siempre que se comete un delito, cargan contra las novelas policíacas. Personalmente las aborrezco, pero en todas las épocas ha habido bandas precoces. Pretender culpar a las narraciones

de «gangsters» o deductivas, equivale a olvidarse de los pasados y presentes conflictos bélicos, del materialismo y, en suma, del caos moral en que se debate el mundo... Les dejo. He de preparar mis cosas, por si fuera necesario huir de Francia. Quizá en cualquier momento mis enemigos descarguen un nuevo golpe.

Alzó la mano a un taxi que pasaba, y el vehículo se detuvo, aproximándose a la acera. Duval preguntó a René:

—¿Te importaría que nosotros continuáramos el paseo? Quiero hacerte varias consultas. Y aún no me has dicho cómo te hiciste las señales del rostro.

—Fue un accidente. No merece la pena. Lo demás...

Howland sospechaba que iba a hablarle de Eva. Los escultores se despidieron del inspector del Servicio Secreto, quien, solo en el coche, indicó al conductor:

—A la plaza de San Agustín. Dese prisa, y habrá buena propina.

—Procuraré ganármela.

Cinco minutos después, Waring ordenó al chofer situarse con el taxi en un sitio desde el que se divisaba la salida de servicio del «music-hall». ¿Ocasionalmente habría hallado una pista en Olga Popsky?

En la espera fue ordenando sus ideas. Heinrich Ran había ido aquella mañana al estudio de André. ¿Cómo pudo averiguar la verdad, y menos aún identificarle? Resultaba indudable que le buscaron para matarle. Al jefe del grupo de asesinos, en el que creyó reconocer a Sergio Oates, le bastaba una mirada para descartar a los que llenaban «La Manzana de Oro». ¿Por qué? He ahí la incógnita.

Transcurrieron, lentos, los minutos. Al fin su paciencia se vio coronada por el éxito. Olga Popsky salió del «music-hall» y, en la acera, aguardó unos segundos a que pasara desocupado un taxi. Waring bendijo su prudencia de no haber abandonado el suyo.

—Siga a ese coche, y procure no perderle de vista. Si lo consigue, tendrá doscientos francos sobre lo que marque el contador.

En seguimiento de la bailarina, el vehículo en el que iba Douglas recorrió el Boulevard Haussmann para continuar por el de Montmartre, deteniéndose en la esquina de la rue du Faubourg.

Waring vio aparecer a Olga, y entregando a su chofer un puñado de billetes, se dispuso a ir a pie tras ella. La mujer no volvió ni una sola vez la cabeza, penetrando en la piscina «Neptuno», situada en las proximidades de Saint Denis. El inspector, sin vacilar, entró en el local.

Desconcertado por el sesgo imprevisto que tomaba la aventura, se halló en un amplio vestíbulo del que se pasaba a una gran sala rodeada de mesas, en cuyo centro, en lugar de pista de baile, había una piscina de regulares proporciones, y en torno a ella, a la altura de los diversos

trampolines, galerías con mesas repletas de público. Algunas mujeres nadaban, mientras una orquesta interpretaba música moderna. Douglas vio un ancho corredor por el que se pasaba a otra sala, donde numerosas parejas bailaban, algunas en traje de baño.

Se dijo que aquel era uno de los muchos centros de corrupción de la cosmopolita ciudad. ¿Y Olga?

—¿Una mesa?

—Sí; aquella.

Señaló una desde la que se veía el vestíbulo y, sentándose, pidió:

—Tráigame un combinado con mucha ginebra y poco limón.

—Bien, señor.

Se entretuvo en mirar en torno suyo. Abundaban los seres de dudosa conducta. Fue a llevarse un cigarrillo a los labios, pero quedó inmóvil. En uno de los trampolines más altos, una mujer se disponía a lanzarse al agua. Era Olga Popsky. Su cuerpo perfecto, iluminado por los focos que proyectaban su luz a la piscina, atrajo la general atención.

La zambullida fue perfecta, despertando elogiosos comentarios.

Desde su sitio, Waring siguió las evoluciones de la bailarina. Sus movimientos eran armónicos, como de danza. Luego de unos minutos, la joven salió del agua, penetrando en un cuarto, sin duda para vestirse. Así fue. Ataviada con un traje de corte sastre fue a sentarse a una mesa donde la aguardaba un hombre de mediana estatura, facciones inexpresivas, corto de cuello y cabeza grande. ¿Quién sería? ¿Su amante? ¿Su cómplice?

Con el pretexto de que la suya estaba demasiado cerca del agua, cambió de mesa para no ser visto. Una hora después, en pos de la pareja, hallábase de nuevo en la calle.

Adivinó por el gesto del hombre que iban a tomar un taxi, parado en la rue d'Hauteville. No había otro en las inmediaciones. Se consideraba fracasado, cuando un vehículo de alquiler le deslumbró con sus focos.

—Suba, señor. Supuse que me necesitaría.

Era el mismo chófer que le condujo hasta allí desde la plaza de San Agustín, y que, agradecido por la espléndida propina, esperó a su cliente por si podía prestarle un servicio.

Ya en el interior del coche, Waring se creyó en el deber de explicar al oportuno conductor algo que satisficiera su curiosidad.

—Es mi mujer. Nunca supuse que me engañara. Ahora ya tengo la certeza.

—¿Y qué piensa hacer?

—Averiguar el sitio donde se reúne con su amante, para sorprenderles en unión de mi abogado.

—Cuenta conmigo. Nadie acaba nunca de conocer a las mujeres. Por eso soy soltero; son todas unas...

El chofer, de unos treinta años y clásico tipo parisino, continuó

masculando insultos, quizá en recuerdo de alguna novia que le abandonara en su primera juventud.

—No hay apenas tráfico —le previno Douglas—. Manténgase a prudencial distancia para que no sospechen que les seguimos.

—De acuerdo.

Inesperadamente, en el cruce del boulevard de Sebastopol con la Rue de Rambuteau, el taxi ocupado por Olga y su acompañante aceleró la marcha.

—¡Se escapan!

El chofer pisando a fondo el acelerador, fue en seguimiento del otro vehículo, divisándole al doblar la esquina.

—Ahí está, señor.

Tranquilizado, Waring se recostó en el asiento. Veía perfectamente la luz piloto del coche que le interesaba, que se detuvo, pasado el Sena, junto a los jardines de Luxemburgo, en el boulevard de Saint Michel.

—Pase despacio ante él. Tengo una mala corazonada.

El conductor obedeció. Al rebasarle dijo:

—Está vacío, señor.

—Sí. Dé marcha atrás. Quiero hablar con ese chofer.

Segundos después, Douglas conversaba con un hombre de unos cincuenta años y aspecto bondadoso.

—Tengo doscientos francos para usted si me contesta a dos preguntas. ¿Dónde y cómo dejó a sus viajeros? Ella es mi esposa.

—Me entregaron quinientos francos ordenándome que aumentara la velocidad y parase al doblar la esquina de la rue Rambuteau, arrancando enseguida. Les obedecí. Me había dado cuenta de que nos seguían, y respiré al verles ocultarse en un portal. No me agradan las complicaciones.

—¿Qué pudo oír?

—Ella estaba muy nerviosa. Constantemente le pedía que mirara por la ventanilla trasera. Él, dueño de sus nervios, se esforzaba en tranquilizarla.

—¿Pronunciaron nombres?

El aludido meditó unos segundos.

—No; al menos que yo recuerde.

—Gracias. Se ha ganado esos doscientos francos. Tenga. Buena noche la suya.

—No es mala. Adiós, señor. ¿Aceptaría un consejo? —Waring asintió, regocijado—. Ella es muy joven. Usted triplica su edad. No lo tome por lo trágico. Se lo dice un hombre de experiencia.

—Lo recordaré.

Ya en el taxi, el chofer que se brindó a ayudarle con tanto entusiasmo, le preguntó:

—¿A dónde vamos ahora, señor?

—Al «Ritz».

Douglas, antes de convertirse en John Frankel, tuvo la precaución de

retirar su equipaje de la fonda de la rue du Montparnasse y, con él en el «Dodge», se dirigió a uno de los refugios del Servicio Secreto americano.

Aquella noche, al acostarse, Waring se dijo que la mosca comenzaba a enredarse en la red por él tendida. Antes de actuar, necesitaba verificar varias comprobaciones. Olga podía no estar complicada en el espionaje, y sí en algún conflicto amoroso...

CAPÍTULO VI

EL INSPECTOR WARING INVESTIGA

Cómodamente sentado en una de las sillas del estudio de René Howland, Douglas presenció en silencio el trabajo del joven, admirando la ligereza de sus dedos y el entusiasmo que dedicaba a su labor. El mazo, al golpear rítmicamente el mango de las afiladas herramientas, semejaba ser el latido de un corazón. ¿El de la estatua o el del artista?

—André empieza a ser convencido por Eva —dijo el escultor, en una pausa de su tarea—. Ella se ha revestido de humildad y obediencia, disfrazando su anhelo de revancha.

—¿De eso hablasteis anoche, al separarme de vosotros?

—De algo más. Duval me previno contra usted. Le considera un hombre peligroso.

—¡No puede imaginarse hasta qué punto!

El comentario del inspector hizo fruncir el ceño a René.

—Sospecha de él, ¿verdad?

Waring guardó silencio durante unos minutos, mientras encendía un cigarrillo.

—En materia policíaca, los que intervienen en un asunto son considerados culpables hasta que no se demuestra lo contrario; Empieza a anochecer. ¿Vas a seguir trabajando?

—No. Lo he hecho durante todo el día. Comí un bocadillo.

—Entonces, te apetecerá una opípara cena. Te invito, a no ser que prefieras seguir el consejo de André. A las diez habremos de separarnos. He de hacer una visita en privado. Nos reuniremos, si te parece, en «La Manzana de Oro».

Lo previsto por el inspector se realizó sin contratiempos. A la hora indicada los dos hombres se despidieron, no sin que René insistiese:

—¿De veras no me necesita? Le prometo obedecer fielmente sus indicaciones.

—Gracias. Se trata de una entrevista sin posible riesgo.

Anduvo rápidamente hasta las proximidades del domicilio de Duval. Lo que pretendía hacer era aventurado, aunque no expuesto. Confiaba que el escultor se hiciera acompañar por Eva, dejando sola a la criada.

Oculto en una zona de sombra, esperó, conteniendo sus deseos de fumar. A las once menos cinco, su paciencia fue coronada por el éxito. André y la muchacha se alejaron en dirección al «music-hall».

Sin precipitarse terminó de ordenar sus ideas. Debía actuar con

naturalidad, sin un fallo, para impedir que Ann Bickley gritara. Prendió fuego a un cigarrillo para serenar sus nervios. No era la inminencia del peligro lo que le desasosegaba, sino la certeza de que de fallar sus presentimientos, se encontraría otra vez como al principio, peor aún, perdido el hilo del enigma, ¡Era preciso decidirse!

Con paso sosegado se dispuso a penetrar en el portal, deteniéndose al ver salir a una mujer, que pasó a su lado sin verle.

¡Ann Bickley! ¿A dónde iría la criada de Duval, a tales horas? Demasiado vieja para posibles complicaciones galantes. Sin embargo no era imposible. París, la ciudad frívola por excelencia, posee una magia especial para rejuvenecer los corazones. Hasta el suyo, viejo y cansado, latió con más fuerza en compañía de Olga Popsky.

Por un momento sintió tentaciones de seguirla. Se contuvo, diciéndose que era mejor actuar con el campo libre.

Minutos más tarde se hallaba ante la puerta del domicilio del escultor. Al segundo intento, el juego de ganzúas, manejado con destreza, hizo girar la cerradura. Una linterna iluminó el camino de Douglas, quien, ya en el estudio, oprimió el interruptor de la luz, no sin cerciorarse de que las contraventanas estaban cerradas.

Precisaba hacer un registro a fondo, sin perder demasiado tiempo. Ann podría regresar, y sorprenderle. Examinó las figuras en escayola y, sin dolor, comenzó a quebrarlas. Quizá allí se escondieran pruebas definitivas de culpabilidad.

Destrozó todas las obras, sin olvidarse de las comenzadas. Al terminar se dijo que fue inútil. Cuando el escultor quedara libre de sospechas, recibiría un sobre con billetes que le compensasen de la pérdida sufrida. No pudo evitar un secreto regocijo al imaginarse la cólera del artista.

El gabinete de trabajo de André no ocultaba nada comprometedor. Tampoco su alcoba. Descorazonado se dirigió a la de Eva, pasando después a la de Ann Bickley.

* * *

René se incorporó al ver acercarse a Duval y a Eva. Como en otra ocasión, aparentó ignorar a la muchacha.

—Hola, André. No tendrás más remedio que aceptar mi compañía. No quedan mesas disponibles. Si os estorbo, os la cedo.

—No seas irónico. Celebro que estés solo. Ya es hora de que tengamos los tres una conversación que aclare posiciones. ¿No te parece?

—Me tiene sin cuidado.

—A mí no, y creo que a Eva tampoco.

Los jóvenes se acomodaron ante Howland, que sonreía con superioridad y desprecio. La muchacha, pese al maquillaje, estaba pálida. Fue ella la que inició el diálogo:

—No seas rencoroso. Guardo un buen recuerdo de ti. ¡No lo transformes en odio! Escúchame. Es imposible medir sentimientos. Me atrajo tu juventud, tus promesas de gloria; pero nunca te amé. Reconozco que no me he comportado bien. ¡Tienes la obligación de perdonarme!

—¿Obligación? —inquirió René, sarcástico.

—Sí. Soy la primara en sufrir las consecuencias de mi locura. No sé si demasiado tarde, me he dado cuenta de que seguía un camino de errores. No te enojés por lo que voy a decirte. Necesitaba que un hombre me hiciera compartir cosas ignoradas. ¡Tú no fuiste ese hombre! No se puede imponer el cariño como una disciplina. Hui de tu lado por no resistir más privaciones. ¿Lo hubiera hecho, de existir verdadero amor? ¡No! Acudí a André para que él satisficiera mis caprichos, mis ansias de lujo. Creí mi belleza irresistible, y él me hizo comprender lo contrario. En unos días he aprendido mucho; tanto, que mañana volveré al puesto de flores en el que me conociste, a ser buena y humilde. Pasados los años, quizá conozca la dicha.

Una lágrima pugnó por brotar de los ojos de Eva, conmoviendo a Howland. La joven continuó:

—Entre André y yo no ha habido ninguna intimidad. Él me juzga un estorbo en su carrera. Tiene razón. Sabe apartarse del peligro. Ni tú ni él debéis recordarme con acritud. He vivido una pesadilla, de la que Duval me ha despertado. Consideré fácil convertirme en lo que tantas otras aventureras a las que ha inmortalizado una literatura enfermiza. Por fortuna, se ha impuesto la realidad. No te quiero. En mi carta de despedida procuré suavizar tu dolor. Tampoco era cierto que André me hubiera pedido en matrimonio. Todo lo inventé yo. ¿Me perdonas ahora?

—Sí, Eva.

René, emocionado, estrechó la mano de la mujer que, incapaz de contenerse, inclinando la cabeza, rompió a llorar. Los dos hombres se miraron. Duval, aun reprochándose su desconfianza, se preguntó si sería una hábil comedia. Howland, por el contrario, no dudaba de la sinceridad de Eva, y quiso animarla:

—No tienes motivos para afligirte. Encontraste el verdadero camino, el del honor. Cuenta con mi afecto y con mi ayuda. Traiga una botella de champaña —dijo al camarero, que se había acercado.

Roto el muro de prevenciones, los tres jóvenes bebieron. André era el más pensativo. ¿Estaría Eva sinceramente enamorada de él? La invitó a bailar y, ya en la pista, le preguntó:

—¿No te importaría casarte conmigo?

Ella le miró, con un mudo reproche en sus pupilas.

—Si no intentas probarme y es sincera tu propuesta, repítemela dentro de unos meses, cuando te haya demostrado que no cambié de táctica para rendir tu voluntad.

—¿Cuál será entonces tu contestación?

—Nadie puede predecir el futuro. Hablemos de otra cosa, por favor.

—Aún no. ¿Soy yo quien te ha hecho reaccionar así? —ella asintió con el gesto—. ¡No te vayas mañana!

Rota la entereza de Duval, que se daba cuenta de su amor por la muchacha, puso su alma en la súplica.

—Será mejor para los dos, André. Si yo accediera, guiada por mi cariño, pasado algún tiempo dudarías de mí.

—¡Casémonos! —rogó el escultor.

—Aplacemos una decisión tan grave —temblaba la voz de Eva al negarse—. No me opongo a que nos veamos algunas tardes, siempre que no entorpezca tu trabajo. Piénsalo bien.

Breves aplausos les hicieron comprender que acababa de terminar la pieza musical. Al igual que otras parejas, no se retiraron de la pista, y segundos después un melódico «slow» pareció acariciarles los sentidos.

Danzaron en silencio. Ella apoyaba su mejilla en la del hombre. En uno de los giros vio a Howland, que la miraba fijamente, y leyó tanto dolor en sus pupilas que, separándose, rogó:

—Sentémonos. Estoy cansada.

Ya en la mesa, Howland vertió en las copas el vino espumoso.

—Empiezan las atracciones. Ayer actuó una extraordinaria bailarina.

—¿La que ahora danza?

—Sí. Es muy hermosa.

—Debes haberle llamado la atención, porque no deja de mirarte.

—A mí, no; a nosotros.

En efecto. La artista aprovechaba la menor oportunidad para volverse a la mesa ocupada por los jóvenes. Duval reparó en un cambio de actitud de la mujer, que se detuvo demasiado en una evolución, fijos sus ojos en el vestíbulo. Al descubrir a quién entraba, bromeó:

—Tu amigo John Frankel es un conquistador. Ella ni se ocupa de su trabajo, atenta a sonreírle.

Así era. Terminado el baile. Douglas Waring fue el primero en aplaudir, y el último en cesar de hacerlo. Luego, con un gesto de complacencia, acercóse a sus amigos:

—Buenas noches. Hoy me retrasé más de la cuenta.

—¿Resolvió sus asuntos? —inquirió André, con intención.

—Por completo. Solo me resta gozar de la vida en París.

—¿Con una guapa bailarina?

—Exacto, señor Duval. Veo que es usted observador. Olga Popsky es encantadora.

Pronunció el apellido consciente del efecto que produciría en René. El muchacho, aun sorprendido, consiguió dominarse manifestando su nervosismo en las manos, que enlazó entre sí. Comprendió que el inspector

deseaba transmitirle instrucciones.

—¿Es un apellido polaco?

—Sí. Anoche estuve con ella. Sus padres son de Dessau. Su belleza es peligrosa. Intentaré verla.

Se incorporó y, aparentando no reparar en la sonrisa burlona de André, alejóse en dirección a la puerta que comunicaba con los camerinos. Apenas la hubo traspuesto se envaró, retrocediendo para dejar pasó a...

—¡Increíble! —musitó para sí.

Seguro de no haber sido visto, siguió a quién había hecho palpar tan aceleradamente su corazón. Observó que la puerta de Olga se abría franqueando la entrada a la persona que produjo tan enorme asombro en el miembro del Servicio Secreto.

Rehecho, avanzó, consciente del riesgo de ser descubierto. Inclinandose se dispuso a mirar por el ojo de la cerradura. Una irritada voz femenina dijo a su espalda:

—¿No le da vergüenza, a sus años, mirar cómo se desnuda una artista?

Douglas, temeroso de que un escándalo estropeará sus bien meditados planes, llevó su mano derecha al bolsillo del pantalón, sacando un puñado de billetes.

—Si es una chica prudente y se calla, le prometo volver al salón y entregarle este dinero. Hay más de dos mil francos.

Mientras hablaba reparó en el cambio de actitud de su interlocutora, cuyo rostro pasó en un instante de la seriedad a la más seductora sonrisa. Era una de las mujeres del conjunto, con el aspecto clásico de la frívola parisina.

—Es usted muy generoso.

—¿Me permites que entre en tu camerino?

—No es posible. Yo no tengo categoría para disfrutar sola de una habitación. La comparto con tres compañeras.

—Ven conmigo a la «barra». Te invito.

—Acepto, aunque solo dispongo de un cuarto de hora. Mi trabajo termina a las dos.

—Lo tendré presente para mañana. Hoy veré a Olga. No es tan bonita como tú. Sin embargo, hay en su vida una incógnita que me interesa averiguar.

Con su característica rapidez mental, Douglas se dispuso a sacar el máximo partido de la muchacha.

—Es una mujer misteriosa —dijo ella—. Ninguna la apreciamos.

—Entonces, ¿por qué te indignaste?

—Le tomé por uno de esos viejos tacaños que tanto nos molestan.

Ya en el salón, ante dos copas de champaña, Waring formuló la pregunta clave de su diálogo con la corista:

—¿Vive sola o tiene familiares en París? Me refiero a Olga,

naturalmente.

—A veces la visita su madre y un hombre de mediana estatura y aspecto germano, del que nunca habla. Es una orgullosa. ¿Tanto le interesa?

—Ya nada. ¿Quieres que seamos amigos?

—Sí.

—No le digas a Olga que nos hemos visto. ¿Me lo prometes? Te haré un regalo si eres buena chica.

—Cuenta con mi discreción. Le dejo. He de vestirme. Me llamo Lili. ¿Me recordará?

—¡Cómo olvidarte!

Con una sonrisa comprensiva, Waring la vio desaparecer por la pequeña puerta que comunicaba con las dependencias interiores. Luego, tras abonar lo consumido en el mostrador, regresó con Eva, André y René. Sobre su cartera trazó unas líneas en una hoja de block, diciendo a un camarero:

—Añada a esta nota una caja de bombones, y entréguesela a Olga Popsky. Espere contestación. Cárguela en cuenta.

—Bien, señor.

Douglas, para desorientar aún más a Duval, comentó:

—Soy hombre de palabra. Culminados satisfactoriamente mis asuntos, estoy dispuesto a comprobar si París es o no la ciudad acogedora de que tanto oí hablar, y si sus mujeres son las más frívolas del mundo.

André, a quién repugnaba el cinismo de John Frankel, replicó con dureza:

—Mi madre nació en la avenida de Emilio Zola. No se haga eco de la leyenda negra de mi patria. Si en la capital se reúnen todas las aventureras, habrá más americanas que francesas. Mientras se limite a juzgar a las mujeres de cabaret, cuente con mi silencio. Pero si generaliza, tendrá un serio disgusto.

Waring sintió ganas de contestar adecuadamente al escultor, cuya culpabilidad comenzaba a ser evidente. Con gran esfuerzo, se contuvo. No deseaba provocar un escándalo.

—Hace mal en sentirse aludido. Respeto sus sentimientos, y le ruego me disculpe. No quise ofenderle.

—Está perdonado.

Había tanto desprecio en la voz de Duval, que Douglas notó que la sangre comenzaba a discurrir aceleradamente por sus venas.

—Ahora espero de usted que retire lo que dijo sobre las americanas.

—¿Y si no quisiera...? —repuso André, con altanería.

—Entonces, ¡aténgase a las consecuencias!

El escultor se puso en pie, con violencia. Sin duda, también él experimentaba deseos de golpear a su interlocutor.

—¿Me amenaza?

—¡Ya hablaremos más tarde! Tengo cosas mejores de qué ocuparme.

El camarero le llevaba una tarjeta de Olga Popsky, en la que había trazadas unas líneas:

«Espéreme a las dos y media, en la salida de artistas. Gracias por su obsequio».

Waring depositó la cartulina en la mesa de forma que pudiera leerla René. Luego la hizo minúsculos pedazos, ajeno a cuanto le rodeaba. Debía comunicar con el jefe del Servicio Secreto en París, para que le protegiera. Dudaba de hacerlo en el «music-hall», ante el temor de que el teléfono estuviese intervenido. ¿Cómo advertir a René, para que se trasladara a la Embajada? Duval no cesaba de mirarle, y tal insistencia le irritó.

—Usted juzgó duramente mis figuras, señor Frankel, y yo, por cortesía, hube de sonreír. Ahora le digo que me parece usted un ser execrable, digno de la general repulsa. Contrabandista en divisas, y galanteador de mujeres que pueden ser sus nietas. Celebraré que ellas se le lleven todos los beneficios.

Eva Tuner callaba. Aunque intranquila por la posibilidad de una pelea, le agradaba que André tuviese tan alto sentido de la moral. Waring sonrió burlón, decidido a no dejarse llevar del impulso:

—¡Me entenece su puritanismo! ¿Quién ocupó primero la mesa, René?

—Yo.

—Entonces, que se marchen tus amigos o se callen. ¿Por qué no le hablas de arte? Lo necesita.

Saco su reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para la hora prevista. André, violento, se encaró con Douglas:

—¡Váyase usted, si quiere!

—Eso es lo que voy a hacer. ¿Me acompañas, René?

Con una inclinación de cabeza y sin aguardar la respuesta del joven, el inspector abandonó el local seguido de Howland.

—¿Qué órdenes son las tuyas?

—Ponte en comunicación con Leslie Boyce, jefe del Servicio Secreto norteamericano en París, y dile que vigile el domicilio de Olga Popsky. Estaré con ella.

—Vi la tarjeta. No llevaba señas. ¿Cuáles son?

—Que las averigüen aquí. Adiós, René. Ya sale.

Adelantó unos pasos para reunirse con la bailarina, que en la acera miraba en torno suyo. Al descubrirle, sonrió:

—Buenas noches, John. Me he adelantado unos minutos. Le vi salir desde uno de los laterales del escenario, y no quise hacerle esperar. ¿A dónde me lleva?

—Es usted quien ha de decidirlo.

—¿Le apetecería una taza de café en mi casa? Confío en su

caballerosidad.

El gesto pícaro de sus hermosos ojos contrastaba con tales palabras.

—Procuraré no defraudarla. ¿Subimos a un taxi o prefiere ir paseando?

—Opto por lo primero.

En el interior de un vehículo de alquiler, Waring notó en su pierna el contacto de la femenina rodilla. Íntimamente permaneció insensible, aunque, en la apariencia, cualquiera le hubiese confundido con un joven enamorado. Ella hubo de reprimir por dos veces su entusiasmo.

—Me prometió ser formal...

—Lo intentaré. ¿Conoce el chofer su residencia?

—Me ha llevado otras veces. Es un admirador.

—Le alabo el gusto. Presumo que voy a tener muchos rivales. ¿Un cigarrillo?

Sacó una caja de «Abdullah», ofreciendo a Olga. Mientras aspiraba el humo en silencio, Douglas tenía la certeza de que iba a enfrentarse con la muerte. Quizá el conductor del taxi fuera Sergio Oates o alguno de sus cómplices.

—¿Vive lejos, Olga?

—En Neuilly. Poseo un hotelito de dos plantas, en la rue Perronet. Me agrada la tranquilidad.

De la avenida Des Ternes, el vehículo pasó a la de Du Roule, ya en las afueras de la capital. Poco después, el coche se detenía ante un chalet circundado de un pequeño jardín.

Al pagar el importe del recorrido, Douglas se fijó en el rostro del taxista. No era ninguno de los que le capturaron con el coronel George Barker. ¿Por qué no podía terminar todo en una aventura galante? Aunque le constaba que Olga era miembro de la organización de espionaje, quizá creyeran conveniente desorientarle.

La artista abrió la verja y la puerta de entrada al hotel. El vestíbulo estaba amueblado con gusto.

—Pasemos a la biblioteca, John. Tendré que preparar el café. Dije a la criada que podía acostarse. No tardo en regresar. Acomódese en cualquiera de los butacones.

La mujer abandonó la habitación, rodeada de altas librerías repletas de volúmenes. Una ventana comunicaba con la parte posterior del jardín. El tresillo de terciopelo granate y una mesita de centro, eran todo, el mobiliario.

Temeroso de ser vigilado, Douglas se sentó en el diván, aplastando en un cenicero la punta humeante del «Abdullah». ¿Habría cumplido René sus instrucciones?

Por dos veces, a lo largo del trayecto, Waring miró por el cristal posterior, temeroso de que el joven le hubiese seguido, lo que indicaba, por falta material de tiempo, desobediencia a sus órdenes.

¿Conocería alguien en «La Manzana de Oro» el domicilio de la bailarina? El del contrato de trabajo tal vez fuese falso. Estaba seguro de hallarse en uno de los refugios del servicio de espionaje enemigo. Si era así, podía considerarse perdido, a no ser que antes intervinieran sus camaradas del C. I. A.

Olga Popsky entró, portadora de una bandeja con dos tazas de café, dos copas, un azucarero y una botella de coñac, que depositó sobre la mesita de centro, acomodándose junto a Douglas.

—No tuve que hacer más que calentarlo. La sirvienta lo dejó hecho antes de retirarse. ¿Dos terrones?

—Tres. Soy goloso.

—Yo también.

Se miraron. En las pupilas de la mujer creyó Waring intuir un ramalazo de inquietud. Fue solo un segundo, pero el inspector se puso en guardia.

—¡Eres muy hermosa, Olga!

—Y tú muy galante.

Se habían tuteado con naturalidad. Ella sirvió licor en las copas, ofreciendo una a Douglas.

—Brinda por mis éxitos.

—¿De bailarina? —inquirió Waring, intencionado.

—¿A qué otra cosa podía referirme?

El inspector la notó desasosegada.

—A tu condición de mujer, a tu futuro en la vida ¿La danza lo representa todo para ti? ¿No te atrae el amor?

—Sí.

Con naturalidad le ofreció los labios. Douglas sintióse turbado al atraerla contra su pecho. Le embriagaba el perfume, la juventud de Olga, cuya boca estaba helada como la de la muerte.

A espaldas del inspector, un trozo de librería comenzó a girar lentamente, para dar paso a dos hombres armados con automáticas. La puerta secreta cerróse con un leve chasquido, que sobresaltó a Douglas haciéndole separarse de la artista. Durante el prolongado beso no cesó de vigilar la entrada a la biblioteca. Sin embargo, el instinto le gritaba peligro. Oyó una voz burlona, odiada:

—Nos complace mucho considerarle nuestro huésped...

Waring se volvió.

—¡Sergio Oates...!



La puerta secreta cerróse con seco chasquido y...

CAPÍTULO VII

LA INGENUIDAD DE DOUGLAS WARING

El aludido, con una sonrisa canallesca, repuso:

—¡El mismo, señor Waring! Escapó en el cabaret, pero no al lazo sentimental tendido por Olga. ¡Lástima que sacrificara sus hermosos bigotes!

—Me los chamusqué al ir a encender un cigarrillo. Supongo que le acompaña el señor Heinrich Ran.

El cómplice de Sergio Gates hizo uso de la palabra:

—Así es. En el Bosque de Bolonia valoraron mal sus facultades. Debieron matarle entonces. Nos hubiesen ahorrado complicaciones. ¿Estás seguro, Sergio, de que no le siguió ningún coche?

—Por completo. Vigilé hasta hace un momento desde la ventana superior. Este hombre confía demasiado en la Providencia.

—Quizá —fue el seco comentario de Douglas.

No entraba en los cálculos del inspector dejarse sorprender de manera tan estúpida. Su propósito era ganar tiempo, sin cesar en la vigilancia de la puerta por la que aguardaba a sus enemigos. ¿Cómo sospechar una entrada secreta?

Olga Popsky se había reunido con sus amigos. Su bello rostro denotaba temor. Waring pensó que aún la quedaban por aclarar algunos puntos oscuros, antes de decidirse a la gran redada. Interrogó a Sergio:

—¿Cómo pudo averiguar mi auténtica personalidad? El disfraz os perfecto.

—Le revelaré ese secreto segundos antes de morir. Olga tenía órdenes en el sentido de establecer amistad con usted, a fin de facilitarnos su cómoda captura. La casualidad fue en su ayuda. Al huir de mis hombres en el «music-hall», se la llevó consigo para evitarle peligros. Ella le contó su historia. Su apellido y el nombre de su marido bastaban para que mordiese el cebo. Así sucedió.

—¿Es falso su relato?

—No; le dijo verdad. Olga es hija del propietario de la tienda de antigüedades de Dessau, adónde iba dirigida la estatuilla que intervinieron en la frontera. Casó con un alemán, Heinrich. Su padre nada tiene que ver con nosotros, limitándose a recibir las figuras y venderlas, a cuyo efecto nuestro comprador se presentaba en el establecimiento apenas le comunicaba Olga por teléfono estar la obra a su disposición. Ella no debió contraer matrimonio. Lo hizo sin consentimiento del organismo al que

pertenecía.

—¿La M. G. B.? —inquirió Douglas.

—No le importa. Lo cierto es que Heinrich sorprendió una conversación de su esposa, llegando al conocimiento de la verdad. Fue necesario suprimirle. Decidimos aprovechar su pasaporte. Olvidé decirle que él y Olga iban a trasladarse a París, a establecer una sucursal de la casa alemana. Bastó cambiar la fotografía, y uno de nuestros mejores agentes pudo trasladarse a Francia a reanudar el envío de datos.

—¿Por qué Olga complicó su vida?

—Afán de aventuras, exceso de ambición... Las razones no importan. Lo esencial es que está a nuestro lado.

—Y que yo, ingenuamente, he caído en la trampa. ¿No es así?

—En efecto.

El inspector lanzó una sonora carcajada. Sergio y el falso Heinrich se miraron sorprendidos.

—Olga, anoche, al saberse seguida, cometió un error: ir en busca de su cómplice para burlar juntos mi persecución. Lo consiguieron hábilmente. Sin embargo, me previne. Por una descripción del hombre al que detuvimos, portador de la estatua y de la tarjeta de Heinrich Ran, reconocí a su acompañante. ¿Me suponen tan torpe como para caer en una trampa tan burda?

—Yo lo llamaría atrevimiento.

Sergio Oates, preocupado, consultó a su cómplice.

—Creo que debemos matarle en el acto.

—No —opuso Olga—. He de consultar con el jefe. Me ordenó que le comunicara la captura. Lo haré por teléfono. Atadle, y que aguarde en la bodega. Si hay que liquidarle, aquel lugar es más discreto:

Heinrich Ran preguntó a la muchacha, con desconfianza:

—¿Desde cuándo conoces tú la identidad del que nos manda?

—Vino a verme esta noche al camerino. Es...

Arrimó la boca al oído del alemán, diciéndole algo en voz baja. Apenas hubo pronunciado el nombre, Oates inquirió:

—¿Qué hacemos con él?

—Hay que obedecer a Olga. Supuse que yo era el único que gozaba de la confianza del jefe. No es así.

Sergio desarmó a Douglas, ligándole las muñecas con un grueso bramante. El inspector se dijo que sus enemigos quizá le concedieran el tiempo que necesitaba. Fue obligado a descender a un sótano por una escalera que arrancaba de la cocina.

Oates, con crueldad, le ató los tobillos en el interior de un cuarto sin ventanas, alumbrado por una bombilla de poco voltaje y luego se retiró, no sin propinarle un puntapié en la mandíbula. Era un hombre que gozaba causando daño.

—Recibí una seria advertencia por no haberte apuñalado antes de abandonar el Bosque de Bolonia, dejándote envuelto en llamas. Ahora no volverá a ocurrirme lo mismo.

—No tendrás oportunidad.

Era una bravata, y Waring lo sabía. De no intervenir el C. I. A. a tiempo...

Se reprochó su audacia. No debió depositar sus esperanzas en un joven sin ninguna experiencia policíaca. ¿Y si le hubieran...?

No terminó su pensamiento. Abrióse la puerta para dar paso a un hombre odiado, a Perry Simpson, el verdugo del coronel Barker. Junto a él, muy pálido, las manos ligadas a la espalda, apareció René Howland.

En silencio, el forajido ligó los tobillos al escultor.

—Cazamos a su cómplice en el jardín. No me disgustaría que se me ordenase repetir lo del Bosque de Bolonia.

—Tendrás peor muerte que el que torturaste. ¿No recuerdas su amenaza?

—Por ahora, nosotros somos los más fuertes.

Cerró de un portazo. Douglas, reflexivo, no hizo comentarios. ¡Para qué!... Resultaba indudable que si René se hallaba junto a él, era porque siguió al taxi desobedeciendo sus órdenes de ponerse en comunicación con la Embajada. ¡Estaban perdidos! Juzgó innecesarios los reproches.

—Me sorprendieron cuando iba a penetrar en el edificio. No pude defenderme.

—Posiblemente a eso debas seguir vivo. Te hubieran acribillado a balazos. ¿Cómo llegaste aquí? Mis instrucciones eran otras.

—Me colgué de la trasera del vehículo que le llevaba. Por un momento tuve la impresión de que no le volvería a ver más. A altas horas de la noche nadie se sorprendió al ver mi económico medio de transporte, confundiéndome con un golfo. Al detenerse el coche, permanecí inmóvil para no ser descubierto. Una vez que usted hubo entrado en la casa con la bailarina, aguardé a que arrancara el automóvil, tirándome de él en la calle inmediata, temeroso de ser observado por algún centinela. Entonces...

—Continúa. ¿Por qué te callas?

—¡Mire!

La puerta del improvisado calabozo se abrió para dar paso a Olga Popsky, en cuya mano derecha centelleaba la hoja de un afilado puñal.

—¿Vienes a ejecutarnos? —inquirió con desprecio, el inspector del Servicio Secreto.

—¡Silencio!

Con decisión y destreza cortó las ligaduras a los prisioneros, dejándoles en libertad. Waring, alzando una pernera del pantalón esgrimió una automática de pequeño calibre que llevaba sujeta con esparadrapo junto a la corva. La bailarina entregó el acero al escultor.

—¡Huid antes de que os descubran! He podido retrasar unos minutos vuestra muerte, pero el falso Heinrich Han, no conformándose con mis palabras, pedirá justificación a la orden del jefe.

—¿Cuál es esa orden?

—Asesinaros, enterrándoos en el jardín.

—¿Por qué me ayudas, después de contribuir a mi captura? ¡Necesito saberlo!

—En otra ocasión. No perdáis tiempo.

—¿Y qué será de ti, Olga?

—Yo no importo... ¡Se acercan! ¡Estamos perdidos!

—Aún no —afirmó Douglas—. ¡Entrad en la habitación! René, procura que no vean a Olga. Si es preciso, lo prepararemos todo para que parezca que la hemos forzado a permanecer con nosotros. Disponemos de siete proyectiles.

Quitó la llave de la cerradura, aguardando. Al fondo del corredor aparecieron Heinrich Ran. Perry Simpson y Sergio Oates. No vieron a Waring, que pudo apuntar cuidadosamente. Un estampido atronó el sótano, y el jefe del grupo de acción que ordenó el brutal asesinato del coronel Barker, rodó por el suelo, cual fulminado por un rayo. El proyectil le había atravesado el corazón.

Douglas, antes de que replicaran al fuego, reunióse con René y Olga, cerrando la puerta con doble llave.

—Sergio Oates no volverá a cometer canalladas. ¿Cuántos hombres hay en la casa?

—Lo ignoro. Es la segunda vez que vengo a este chalet. Sin embargo, temo que en el piso superior duerman los miembros de los grupos de acción. Si es así, nada podrá contenerlos.

—¿Por qué nos salvaste, Olga? Disponemos de tiempo. Charlando combatiremos el nervosismo. Estarán ordenando las fuerzas para un ataque en masa.

La mujer miró a Waring, en cuyo rostro se dibujaba una sonrisa de simpatía.

—Procuraré ser breve —comenzó—. No deseo que muera teniendo un mal concepto de mí. Cuando terminó la guerra, mi padre fue calificado como simpatizante nazi. Una tarde, hallándome en mi cuarto, oí rumor de conversación en el inmediato, que ocupaba mamá. Escuché atentamente, y por el diálogo deduje que ella había ingresado semanas antes en el Servicio de Información Militar ruso. Un hombre le daba órdenes para que avisara de la llegada de estatuillas y recuerdos artísticos de diversas naciones occidentales. Al parecer lo de París no es más que la continuación de un habilidoso plan para el envío de informes. Al quedar sola mi madre, sin poder contenerme la acusé de traidora a su patria. Su respuesta no la olvidaré jamás: «Es el precio de la vida de tu padre».

»Lo comprendí todo. ¡Se había sacrificado por nosotros! Durante varios meses nada turbó la felicidad familiar. ¡No nos rozaron los procesos de desnazificación! Una noche, mamá se puso repentinamente enferma, muriendo a los pocos minutos. El médico diagnosticó un ataque cardíaco. Al día siguiente, por teléfono, recibí orden de estar a las siete de la tarde en el viejo Jardín Federico, junto al río Mulde, en las proximidades del puente del ferrocarril. No faltó la amenaza. «De no acudir sola, mataremos a su padre». Obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer? El diálogo sostenido no encerró sorpresas para mí. Continué el trabajo de mamá. Años después, me enamoraba de Heinrich Ran. Decidimos casarnos en privado. La M. G. M. lo descubrió. Sufrí una seria reprimenda y...

Un disparo interrumpió a Olga Popsky. ¡Comenzaba el ataque! El proyectil, atravesando la puerta, se estrelló a unos centímetros de René, quien, interesado por el relato de la danzarina, olvidó los posibles riesgos.

Waring, con su automática en la mano, le hizo señas para que se colocara fuera de la línea de tiro, mientras con el dedo índice de su mano derecha reclamaba silencio.

El tableteo de una ametralladora hizo estremecer a la muchacha.

—¡Nos asesinarán!

—Silencio. Aún me quedan seis balas. ¿Te desarmaron al capturarte, Howland?

—Sí.

Cesaron los disparos. La odiada voz de Perry Simpson dijo:

—¡Rendíos antes de que sea tarde! ¿Tenéis a Olga?

—Sí. Ella nos precederá en el camino de la eternidad. ¡Es nuestro rehén!

—Tan traidora como Heinrich Ran. A no ser por su complicidad, no viviríais. Pensadlo. Si antes de un minuto no habéis salido, entraremos a sangre y fuego.

Douglas miró su cronómetro. ¡Sesenta segundos! No era largo el plazo.

—¿Cuál es la verdadera identidad del falso Heinrich Ran?

—La ignoro. Se me obligaba a llamarle como a mi marido. Solo estuvimos casados tres meses. Él era un patriota, como mi padre. Cuando descubrió mi condición de agente soviético, aseguró despreciarme. Yo, sin saberlo, dicté su sentencia. Supliqué a mis jefes que me borrarán de sus listas de espías. Debieron sospechar la causa, y por la noche mataron a mi esposo. Las investigaciones hechas en torno al asesinato, condujeron siempre al mismo resultado: Heinrich había sido víctima de un atraco. Me propuse convertirme en la persona de confianza de mis jefes, con el afán de vengarle. Durante muchos meses fui como un autómatas, sin más voluntad que la de mis superiores. Mi juventud y mi belleza contribuyeron a sugestionar a mis camaradas del Servicio Secreto. Me propusieron el viaje a París, refiriéndose por vez primera al pasaporte. Entonces mi sospecha se convirtió en certeza. ¡Habían sido ellos! ¡Vengaría a Heinrich!

¿Cómo? Desarticulando la información rusa en Europa. Por si muero y alguno de ustedes consigue salvarse, sepan que detrás de uno de los cuadros que adornan mi camerino, hay una llave. Corresponde a una caja privada del Banco de París. Encontrarán datos de extraordinaria importancia. Es todo lo que pude averiguar. Temo que no salgamos vivos de...

El minuto había pasado. Sin nuevas conminaciones, un revólver comenzó a disparar contra la cerradura. Waring, aun temiendo malgastar un proyectil, hizo fuego. Un alarido de dolor le demostró que la bala se había alojado en el cuerpo de uno de sus enemigos.

Desde el interior, los tres prisioneros oyeron voces de órdenes; luego el silencio.

—¿Qué proyectarán? —inquirió Howland.

—Enseguida lo sabremos. Siga, Olga. ¿Por qué se decidió a salvarnos?

—Sergio hizo revivir el pasado ante mí. No debía permitir que usted muriera.

—De tú, Olga. Ahora somos más amigos que cuando me tendiste la trampa de tus labios para que Oates y Heinrich me sorprendiesen mejor.

—Ya estaba harta de fingimientos. La idea de que te matasen me horrorizaba. Tu amigo se parece mucho a mi pobre marido. No quise inhibirme, dejar que se perpetrasen más crímenes.

Brillaban excitados los ojos de la muchacha. La proximidad del peligro no afectaba su entereza de ánimo.

—¿No tienes más que decirme?

—Sí. El nombre del jefe.

—No es necesario. Le conozco ya. ¡Al suelo!

Una horrrisona explosión atronó el aire. Las bisagras de la puerta, arrancadas por la onda expansiva, franquearon la entrada a los miembros del grupo de espionaje. El humo hizo toser a los que, con los nervios en tensión, aguardaron el desarrollo de los acontecimientos. La bombilla de la habitación había sido rota por el estallido, En las tinieblas se perfilaron dos figuras. Douglas, serenamente, apretó el gatillo del arma, y los indeseables cayeron entre alaridos de muerte.

René Howland, antes de que Waring lograra impedirlo, se abalanzó a uno de los cadáveres, arrebatándole su metralleta. Al retroceder notó una quemadura en el pecho, pero tuvo fuerzas para entregar el arma al inspector, quien a su vez entregó su automática a Olga.

Douglas examinó la herida del escultor. Podía ser grave, quizá mortal. Arrastró el cuerpo del joven a uno de los rincones, y lanzó una ráfaga al pasillo. Reunióse después con la muchacha, que, de rodillas, vigilaba atenta.

—Será mejor que permanezcamos de bruces en el suelo —le dijo.

Su precaución iba a salvarles la vida. En el hueco de entrada hubo un

nuevo estallido. La metralla silbó sobre las cabezas de Waring y Olga, que guardaron completo silencio. Quizá, creyéndoles muertos, se decidieran a un ataque en masa. Waring, con el pensamiento en René Howland, acariciaba el gatillo de su arma. Tres explosiones más, ensordeciéndoles, le confirmaron en la creencia de que sus enemigos deseaban exterminarles sin demora.

Douglas apretó los dientes con ira. Le pareció oír voces, y Perry Simpson, Heinrich Ran y dos de sus secuaces entraron en tromba en la estancia, descargando sus armas a media altura. Desde el suelo, furiosamente, el inspector del Servicio Secreto americano disparó con mortal eficacia. Simpson y el germano, que iban en retaguardia, tuvieron tiempo de retroceder incólumes. Sus secuaces cayeron para no levantarse más...

Waring, consciente de lo desesperado de su intento, deseoso de acabar de una vez con la desigual lucha para que René pudiera recibir auxilios facultativos, salió al pasillo a tiempo de ver cómo huían sus enemigos. Gritó a Olga:

—Protege al herido!

Con la culata del arma nerviosamente oprimida entre sus dedos, Douglas fue en seguimiento de Heinrich Ran y de Perry Simpson.

Al llegar a la cocina, la intuición le libró de morir. Antes de que el asesino del coronel George Barker disparara, ya estaba oculto en un recodo de la pared.

Ahogó una maldición. En la huida habían echado el pestillo exterior de la puerta que comunicaba los servicios con la biblioteca y el vestíbulo. Waring la destrozó a balazos.

Al llegar al jardín, vio a Heinrich y a Perry franquear la verja. Disparó, sin alcanzarles.

Un taxi, que pasaba despacio por la calle, fue asaltado por el germano, quien, de un golpe, dejó sin conocimiento al chofer. Simpson quiso penetrar en el vehículo y quedó colgando por una pierna del soporte lateral de la rueda de repuesto. El automóvil, conducido por Heinrich, aumentó la marcha.

Aun para Douglas, fue un espectáculo horrible. La cabeza de Perry golpeó una y otra vez el adoquinado, dejando tras de sí un ancho reguero de sangre. Recordó la frase del coronel Barker: «Tendrás peor muerte que yo».

Dos coches, a gran velocidad, se aproximaron al inspector. De uno de ellos saltó Leslie Boyce, jefe del Servicio Secreto norteamericano en París.

—¡Gracias a Dios que llegamos a tiempo, Waring!

—Sí. En un taxi que les precede, huye el único miembro de la banda que ha conseguido escapar con vida del hotel. Les será fácil alcanzarle. El otro vehículo debe quedar para el transporte de un herido.

—Traemos médico.

El del C. I. A. dio una orden al conductor, que partió veloz en la dirección indicada. Douglas, seguido por los restantes miembros de los Servicios Secretos combinados —«Central Intelligence Agency», «Deuxième Bureau» e «Intelligence Service»— penetró en el chalet, acometido por una terrible duda. ¿Habría muerto Howland?

* * *

André Duval, desde que se marchó René con el odiado John Frankel, esforzose inútilmente en convencer a Eva de lo absurdo de que se enfrentase nuevamente con la lucha por la vida y volviera a la tienda de flores que, según ella, nunca debió haber abandonado.

—Creo en tu sinceridad. Casémonos. No perdamos ni un segundo de dicha.

—¿A qué insistes? Es mejor para los dos que todo vuelva a empezar. ¡Será más duradero!

—No resistiré tu ausencia. ¡Si supieras lo que he tenido que esforzarme estos últimos días para no estrecharte contra mi corazón y decirte lo que rebosaba en mi alma!

—No hablemos del pasado. ¿Bailamos?

Danzaron en silencio. El escultor atraía hacia su cuerpo el de la muchacha. Ella entregábase con dulzura.

Pasadas las cuatro de la madrugada, abandonaron el «music-hall».

Del brazo, descendieron por el boulevard de Malesherbes hasta la iglesia de la Magdalena. La noche era clara y la luna reflejábase limpia en la rue Royale, por la que desembocaron en la de Saint Honoré.

En el rellano de la escalera, antes de franquear la entrada de su domicilio, Duval, sin poder contenerse, besó apasionado a la muchacha.

—¡No, André! ¡Déjame ser buena! ¡Te lo suplico!

Había ruego y firmeza en las palabras de la joven. El hombre, avergonzado, dijo:

—Perdóname. No supe dominarme.

Abrió con el llavín, pasando con la muchacha al estudio. ¡Necesitaba continuar sintiendo su voz!

Al ver el desorden que imperaba en su gabinete de trabajo, no pudo reprimir un grito de asombro y cólera. Su labor de muchos meses yacía destrozada.

—¡No han respetado ni el barro! ¿Quién me odia hasta tal extremo?

Eva Tuner no respondió. Ella podía darle la respuesta. Y lo hizo, por fidelidad al hombre que amaba.

—En la americana de John Frankel vi partículas de escayola. Estabas muy irritado para fijarte. ¿Por qué tal enemistad?

—Es un ser sin conciencia, un traficante de divisas. Me propuso que

colaborara con él, vendiéndole figuras para ocultar la moneda que deseaba pasar a diversos países. Me negué. ¡Esta es su venganza! ¡Miserable! ¿Y Ann? Tiene que haberlo sentido. ¿Habría sido capaz de golpearla?

Con Eva penetró en la habitación de la sirvienta, que despertó al sentirles.

—Hola, André. ¿Sucede algo?

La lámpara portátil de la mesilla iluminó la habitación de Ann Bickley y su rostro demacrado. Duval sintió lástima de la mujer y no quiso turbarle el descanso:

—Nos pareció que te quejabas. Continúa durmiendo.

—Haz tú lo mismo. Ya es tarde.

La sirvienta apagó la luz, y los dos jóvenes salieron de la alcoba para regresar al estudio. Eva sirvió a Duval una copa de coñac, preguntándole extrañada:

—¿Por qué no informaste a Ann de lo ocurrido?

—El médico que la trata es amigo mío. A más del tumor de la pierna, tiene una grave lesión cardíaca. Me da lástima. No olvido que gracias a ella pude sobrevivir en mis horas difíciles de bohemia, cuando todos parecían ignorarme y yo, como René, me afanaba en hacer solamente arte.

Eva, sentándose, rogó a André:

—Háblame de tu vida. Te tranquilizará. No tengo sueño.

—Yo tampoco —Duval hizo una pausa—. Mi familia reside en un pueblecillo del sur de Francia, en Muret, junto al río Garona. Mis padres son campesinos y mi porvenir estaba trazado. Desde niño, sentí gran afición por la talla y el modelado. ¡Cuántas navajas no habré roto, dando forma a ramas de árboles! El barro se transformaba bajo mis dedos. A los dieciséis años, unos turistas me compraron varias toscas figuras. Poco más tarde, abandoné mi casa para trasladarme a París, con los sueños propios de la juventud. ¡A qué entrar en detalles! Sin dinero, ni modelo y en una buhardilla de Montmartre, me esforcé en realizar una obra en cuya ejecución invertiría más de un año. A los seis meses fui expulsado de mi vivienda, por falta de pago. No pude rescatar nada, ni aun mi propio trabajo.

Breve pausa.

—Noches de invierno, con frío y con hambre, bajo los puentes del Sena... Tugurios, refugios de la bohemia... Semanas, meses, años... Al fin conseguí un empleo en un taller de marmolista. Mi sueldo equivalía a más de lo que necesitaba para vivir. Entonces conocí a Ann. Se hallaba tendida en el suelo. Los transeúntes pasaban junto a ella, mirándola con burlona sonrisa. La suponían embriagada. La trasladé a mi domicilio. Fue el primer ataque al corazón. Al recuperar el sentido, la mujer me contó su historia. Era alemana y perdió su único hijo en el frente. Tenía ahorros para vivir un par de años, hasta que encontrara un empleo digno. Huyó de su patria

para no ver ultrajada la memoria del ser que más amaba. Compadecido, la propuse que se quedara conmigo. Aceptó.

Nuevo silencio, esta vez más prolongado.

—Durante una larga temporada, el empleo me dio lo preciso para vivir. Una tarde me despidieron. ¿Por qué? Desobedeciendo las instrucciones de mi jefe y en su ausencia, hice una moderna estatua mortuoria en lugar de la clásica que se me ordenó. Durante más de un año viví del dinero de Ann, y ella me abrió los ojos a lo comercial. Vendí figurillas a algunos turistas, hasta que Heinrich Ran se convirtió en mi habitual cliente. Él me ha enriquecido. En el banco tengo una cantidad que puede cubrir mis necesidades más perentorias durante mucho tiempo, quizá más del que Dios me conceda de existencia. Pasé tanta hambre que me prometí guardar para el futuro. Sin embargo, pese a mi fortuna, soy un fracasado.

Duval inclinó la cabeza, con abatimiento. Eva, cariñosa, le preguntó:

—¿Por qué no comenzar de nuevo, André? Tienen medios, y te sobran amigos. Viviremos humildemente, sin lujos, consagrados a tu obra. ¡Yo te ayudaré! Quizá el destrozo que tanto te ha dolido, marque el comienzo de una nueva era, la de la gloria por la que abandonaste a los tuyos. ¿Viven aún?

—Murieron en mi época de miseria. Lo supe meses después.

—Olvida el pasado y empieza a luchar. Desde la eternidad, tus padres se sentirán orgullosos de ti, comprendiendo que les dejaste por algo elevado. Nuestro idilio será el tan cantado por los escritores sin talento: el de la florista y el bohemio.

Eva rio contagiando de su optimismo a Duval, que, abrazándola, prometió:

—Haré lo que me pides. Me he reprochado muchas veces mi exceso de materialismo...

CAPÍTULO VIII

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

—Tuvimos que matarle, Waring —manifestó Leslie Boyce—. Al adelantarnos a él, cruzando el coche en la calle, frenó, y, pie a tierra, con una automática en su diestra, derribó a uno de mis agentes. Había dado órdenes de capturarle vivo a cualquier costa, y mis hombres vacilaron. Hice fuego, apuntándole al hombro. Cayó otro de los míos, y convencido de que acabaría con todos nosotros, me vi obligado a destrozarle la cabeza.

—Comprendo.

—El que usted dice llamarse Perry Simpson era un amasijo de carne sanguinolenta. ¡Me está poniendo nervioso con tantos paseos! ¿Se sabe algo de su amigo?

—No. El médico me ha prohibido entrar en la clínica. ¿Y sus heridos?

—Heinrich Ran no perdió la serenidad y sus proyectiles fueron certeros. ¡Otros dos héroes anónimos en la lucha por la paz!

—¿Cómo llegaron tan oportunamente?

Leslie Boyce, jefe del Servicio Secreto americano en París, no pudo contestarle. Un hombre enfundado en una bata blanca, salió quitándose los finos guantes de cirujano.

—Ese muchacho curará. Temí que la bala le hubiese atravesado el pulmón izquierdo. Por fortuna, no ha sido así. ¿Por qué no le trasladaron a un hospital?

—Tengo fe en usted, doctor. Vendó mi tobillo tan maravillosamente, que no he vuelto a resentirme de él.

—Gracias. Le alojaremos en una de las habitaciones del piso superior. Me ocuparé personalmente de su traslado.

—¿Puedo verle ahora?

—Yo le avisaré.

—¿Qué tal su enfermera? —inquirió Waring, refiriéndose a Olga.

—Magnífica. Parecía adivinar mi pensamiento. Le he propuesto que trabaje a mis órdenes, y ha aceptado.

El doctor penetró en la pequeña clínica del edificio diplomático de los Estados Unidos, dejando solos a los dos hombres. El jefe del C. I. A. comentó, al ver el semblante risueño de Douglas:

—Mucho estima a ese joven.

—Más de lo que se imagina. Tiene talento, y algún día será famoso. Ahí llega uno de sus ayudantes.

Uno de los dos hombres a quienes Waring tuvo que enfrentarse, en la

embajada, después de la muerte de George Barker, entró en la estancia.

—Perdonen. Es un asunto urgente y...

—No se disculpe, Michael. ¿Qué sucede?

—Una estatuilla, remitida por correo a la tienda de Popsky, en Dessau, nos aguarda en su despacho. La intervinieron anoche nuestros hombres en la frontera belga.

—Vayamos, inspector.

Douglas y Leslie abandonaron el vestíbulo en que se hallaban para penetrar en el gabinete de trabajo del jefe en París del Servicio Secreto Norteamericano.

Sobre la mesa había varios trozos de escayola y un papel con números y letras.

—Han utilizado la clave número dos —informó Michael Curtis—. La he traducido. El texto dice lo siguiente: «Comuniquen a X-29, en Leopold Strasse, 32, Berlín, que debe comenzar los sabotajes con arreglo al plan previsto. La destrucción de esas fábricas entorpecerá la formación del ejército europeo». ¿Qué le parece, señor?

Boyce guardó silencio, ante el asombro de su subordinado que conocía su rapidez mental.

—¿Qué le parece, Waring?

—Lo mismo que a usted: una burda trampa en la que no deben caer nuestros mejores agentes alemanes. Es, precisamente, lo que pretenden.

Michael Curtis interrogó a Douglas:

—¿Cómo sabe que el mensaje es falso?

—Muy sencillo. Nuestros enemigos averiguaron casi al mismo tiempo que yo, la intervención de las figuras de escayola. Se proponen desorientarnos. De ordenar la captura del pretendido X-29, cuyas señas dan con plena exactitud, posiblemente no regresaría ninguno de los miembros del Servicio Secreto a quienes encargábamos de tal misión. Hola, Olga. ¿Qué tal René?

Ni Leslie ni Michael habían sentido a la muchacha, quien, con una sonrisa, contestó:

—Bien. Antes de que le anestesiará me rogó le dijera que no había desobedecido sus indicaciones. Se esforzó en cumplirlas con gran exactitud. Dedujo que no eran muchas las posibilidades de que en el «music-hall» supieran mi domicilio, y en la trasera del vehículo, llegó al hotelito. Antes de decidirse a entrar en él, se puso en comunicación con la embajada.

—Gracias, Olga. Vuelve con él. Su vida es preciosa. Si le ocurriera algo, me consideraría responsable.

Salió la joven. Leslie Boyce, con una sonrisa, explicó:

—Esa iba a ser mi respuesta cuando nos interrumpió el médico. Sin Howland, Heinrich Ran habría conseguido escapar. ¿Qué piensa hacer,

Douglas?

—Apoderarme de la llave de la caja privada de Olga Popsky a que me he referido, y luego detener al jefe de la organización de espionaje.

—¿Insiste en darme la sorpresa?

—No. Le detendremos en casa de... No aventuro juicios. Puedo equivocarme. Si le parece, iremos en el «Dodge».

—Sí. Michael lo sacará del garaje.

—A la orden, señor.

Minutos más tarde, el vehículo, conducido por Waring, doblaba la esquina de la avenida Gabriel con la rue de l'Elysee. El del C. I. A., a su lado, le interrogó:

—¿Por qué cambió de parecer en el despacho, al ir a facilitarme la identidad del jefe al que perseguimos?

—Recordé de pronto que en la embajada hay un traidor, y aún no ha sido descubierto. Antes que al «music-hall», iremos a ver a André Duval.

—¿Es él el culpable? ¡Cuidado! ¡Ese hombre está loco!

Waring frenó bruscamente, más no pudo evitar que las ruedas delanteras del «Dodge» alcanzasen a un individuo que, de improviso, había cruzado la calle. Douglas apeóse con rapidez, seguido de Leslie.

—Apesta a vino desde una legua. Lléveselo en el coche a la más cercana clínica. Yo...

Un horrísono estallido atronó la silenciosa madrugada de París. Del «Dodge» brotaron lenguas de fuego y la carrocería quedó convertida en un montón informe de chatarra. Boyce y Waring, arrojados de bruces al pavimento por la onda expansiva, incorporáronse muy pálidos.

—¿Herido, inspector? —inquirió el jefe del C. I. A.

—Creo que no. ¿Y usted?

—Tampoco. Por fortuna, nos habíamos alejado del vehículo.

—La mano de la Providencia vela por nosotros. Michael Curtis se jugó el todo por el todo, con muchas probabilidades de éxito. Una investigación detenida demostrará que ocultó una bomba de relojería debajo de nuestros asientos. Observé que escuchaba mis palabras con demasiada avidez, templándole el labio inferior. Siempre desprecié a los que buscan en el alcohol paraísos artificiales o embrutecimiento —añadió, pensando en el borracho—. A partir de hoy, les miraré con cariño. Dios ayuda a los que luchan en pro de la paz y la justicia —el inspector Waring hizo una breve pausa, para agregar—: No tardarán en acudir los gendarmes. La explosión debe haberse oído en muchas millas a la redonda. Océpese de los trámites legales, así como de prestar auxilio al que, sin saberlo, nos acaba de salvar la vida. ¡Ah! Sería conveniente que regresara a la embajada, y ordenase la detención de ese traidor antes de que sea tarde. Perdone mi tono imperativo. No le doy órdenes...

—No se disculpe. Proceda como lo estime oportuno. Le obedeceré

gustoso. Sin usted nada hubiéramos conseguido.

Varios trasnochadores aproximáronse al vehículo destrozado, retirándose al sentir sirenas policiales.

—Suerte, Leslie.

—Igual le deseo, Douglas.

El inspector del Servicio Secreto alejóse a buen paso en dirección a la rue de Saint Honoré. Al recordar lo cerca que había estado de la muerte, surcó su cuerpo un estremecimiento...

CAPÍTULO IX

¿ANDRÉ DUVAL, EVA TUNER, ANN BICKLEY?

Waring, con pulso sereno, oprimió el timbre de la puerta de entrada al domicilio del escultor. Al ver luz a través del ojo de la cerradura, se previno. ¿Acababa de regresar Duval del «music-hall» o le esperaba?

Su diestra empuñó la culata de la automática, que había depositado en el bolsillo exterior derecho de la americana, por si necesitaba utilizarla.

—¿Quién es? —inquirió una voz masculina.

—John Frankel. ¡Abra inmediatamente! ¡Tengo que...!

Douglas no pudo terminar la frase. Con increíble rapidez, le fue tranqueada la puerta, y unos dedos se engarbaron brutales en las solapas de su americana.

—¡No intente huir! Me evita ir a buscarle.

Sin perder el aplomo, el inspector del Servicio Secreto, contestó:

—¡Suélteme! Si vengo a su casa no es para escapar. Procuraré que no lo hagan otros. ¡Suelte, le digo!

Dio un tirón, oyendo como la tela se rasgaba. Eva Tuner, desde la puerta del estudio, suplico a Duval:

—¡Por favor, André! Podemos estar equivocados.

—No tardaré en saberlo.

El escultor arrojó al suelo el pedazo de tela. Douglas, con fría sonrisa, le dijo:

—Muy impetuoso.

—Con los individuos de su calaña, hay que ser así. ¿Qué hace?

Waring había cerrado la puerta, guardándose la llave en el bolsillo del pantalón. Por su anterior visita era conocedor de que el domicilio no contaba más que con aquella salida.

—Pasemos a su estudio, André. He venido a tener con usted un largo diálogo.

—¿Va a explicarme por qué destrozó mi trabajo de meses?

—También.

—¿No niega haberlo hecho? —inquirió Duval, sin lograr imponerse a su asombro.

—Yo siempre digo la verdad, y por la verdad lucho. Mi nombre y apellido es falso. Me llamo Douglas Waring, y pertenezco al Servicio Secreto Norteamericano, con categoría de inspector. Vea mis credenciales.

Observaba con detenimiento el rostro del artista que, más desconcertado, balbució, tras examinar los documentos:

—No comprendo lo que ocurre. ¿Qué tengo yo que ver con el espionaje?

—Más de lo que se imagina. Mejor será que tomemos asiento.

Lo hicieron los tres. Eva Tuner se acercó mucho a Duval, cual si quisiera protegerle de un peligro. Douglas Waring, consecuente con sus bien trazados planes, relató, sin omitir detalle, lo sucedido desde su llegada a París y su conocimiento con René, refiriéndose por último, a la explosión del «Dodge».

Al terminar, el silencio fue largo. André, con pulso poco firme, encendió un cigarrillo. Eva le miraba espantada. El inspector sonreía. Duval fue el primero en hablar:

—¿Es cierto que Howland no morirá?

—Sí, el proyectil no destrozó ningún órgano vital.

—Es lo que más importa por el momento. ¿Viene a pedir disculpas por haber sospechado de mí? ¿Reconoce su fracaso en el registro del estudio?

—En el estudio, sí, pero no en la casa. En una de las habitaciones encontré una cámara microfotográfica con la que «alguien» me retrató la noche en que, con René, vine por vez primera a su domicilio. Con el positivo de ese cliché no le fue difícil a Sergio Oates hacer unos retoques: quitar las gafas y añadir unos bigotes. Entonces John Frankel se convirtió en el hombre al que condujeron con el coronel Barker al bosque de Bolonia. Lo demás fue fácil. Supieron que iría al «music-hall » y enviaron un grupo para asesinar me. Tuve la certeza de haber sido fotografiado. De lo contrario, ¿cómo iban a buscarme bajo mi disfraz? «Alguien» ordenó a Heinrich Ran que le visitara con el pretexto de la escultura rota, para procurarse una coartada. No sirvió. El falso esposo de Olga Popsky no podía conocerme.

El inspector del Servicio Secreto, en pie, paseó por la estancia.

—Mis sospechas se centraron en usted, Duval, a causa de las estatuillas, y vine a practicar el registro. Una casualidad me hizo comprender que era inocente. Pase, señora Bickley. Intencionadamente no cerré la puerta del estudio.

Ann, muy pálida, ataviada con un oscuro salto de cama que realzaba su delgadez, entró en el gabinete de trabajo de Duval, que se puso en pie con violencia:

—¡Ann! ¿Qué tienes que ver con esto?

—Ahora lo sabrá —repuso Douglas—. Hágala que se siente. ¿Es preciso que repita la historia?

—No. Lo escuché todo. Continúe.

La criada, con admirable serenidad, hundió su diestra bajo una de las solapas de la bata.

—Ya falta poco. Me referí antes a la casualidad. Ella me ayudó. Me pregunté que iría usted a hacer, Aun, fuera de casa a aquellas horas. Después la vi entrar en el camerino de Olga. ¿Confiaba en la muchacha?

—Sí, la supuse fiel. Le di ordenes concretas para que usted no escapase. Debía asesinarle a la menor oportunidad. En tal sentido, comuniqué también con Michael Curtis, en la embajada. Es un hombre vendido por dinero. Por él supe lo de las estatuillas. También ha fracasado. Es inútil luchar contra el Destino. ¿Qué más averiguó, Waring?

El inspector, con una sonrisa de cordialidad, que contrastaba con la tensión a que tenía sometidos sus nervios en la vigilancia de Ann, cuya mano oculta en la bata le intranquilizaba, repuso:

—Pocas cosas, aunque definitivas. Jamás tuve que arriesgar tanto a lo largo de mi carrera para llegar a realidades concretas. Burlando a la muerte, he podido resolver las incógnitas que me obsesionaban. Si Duval era culpable, al conocer mi propósito de volver al «music-hall» la noche siguiente, me tendería una trampa. Su retraso en ir y el asalto, estuvieron a punto de desorientarme. Por desdicha para Aun, no pensó en lo de la «foto». ¿Escondió la máquina en la servilleta que llevaba en la mano al traer el vaso de leche y las galletas?

—Sí.

—¿Por qué me condujeron con el coronel Barker al bosque de Bolonia y no a cualquiera de sus refugios en París?

—Era menos comprometido. Siempre dio resultado no utilizar nuestras residencias. Si escapa un prisionero, hay que evacuarla con el consiguiente trastorno. Los arrabales de París, las barcas ancladas en el Sena, e incluso los parques públicos, han sido testigos de escenas semejantes a la que usted presencié.

—¡Monstruo! ¿Cómo se puede vivir con un alma como la suya?

—Sobran los reproches. Siento el dolor de André. ¿Tú también me odias?

—No, Ann. Lo que este hombre afirma tiene que ser falso. ¡Tú eres buena!

—He servido a mi patria con lealtad, con fanatismo si quieres. No soy alemana. Nací en Bobruiks, en la Rusia Blanca. Mi hijo no falleció en el frente. Es el falso Heinrich Ran, de cuya muerte acabo de enterarme por el relato de Waring. ¡No se envanezca, inspector! Sin Olga Popsky, no habría conseguido el éxito de que se ufana.

—Se equivoca. Una corista del «music-hall», que me sorprendió en desairada postura, me dijo que a la bailarina la visitaba a veces su madre. ¡Usted, Ann! ¿Inventó el parentesco o nos aguarda otra sorpresa?

—Ella nada tiene que ver conmigo, de lo que me enorgullezco. ¡Es una traidora!

Brillaban de excitación los ojos de la sirvienta. Douglas, convencido de lo que no iba a tardar en suceder, inquirió en espera de su oportunidad:

—¿Qué le indujo a ingresar en el Servicio Secreto?

—El ansia de desquite con la vida. Al morir mi esposo no me quedaba

más remedio que ponerme a trabajar en cualquier fábrica. ¿Cuál iba a ser el porvenir de mi único hijo? Después, con el transcurso de los años, fui convirtiéndome en una idealista ferviente. Al recibir la orden de trasladarme a París para montar un eficaz Servicio de Información, me enorgullecí de la confianza en mí depositada. Apenas llegué a la capital, me dio un ataque. Duval fue en mi ayuda. He llegado a quererle.

—¡Ann!

—Sí. ¿Qué mejor coartada que ser tu sirvienta? Quizá, en el futuro, hiciera de ti un buen agente secreto. No pudo ser. Aborreces la guerra y el espionaje es una guerra fría, constante. Tú, sin saberlo, me diste la idea de las estatuillas, que se puso en práctica en Italia e Inglaterra con buen resultado. Entonces te visitó Heinrich Ran.

La mujer hizo una pausa. Waring se dijo que quizá en aquella ocasión no consiguiera burlar a la muerte. Antes de que empuñara su pistola, recibiría un proyectil. Estaba seguro de que la Bickley, bajo la bata, ocultaba un arma.

—Saque ese revólver, Ann. Le quité los proyectiles la noche de mi registro.

Era incierto, pero Douglas contaba con la duda para...

Su movimiento fue tan rápido que la mano armada no llegó a representar un peligro. Waring se lanzó contra la mujer, apresándola fuertemente por la muñeca.

—¡No haga resistencia!

El revólver cayó al suelo mientras el inspector ponía las esposas a la que, desde la sombra, dirigió la formidable y cruel organización de espionaje.

Duval, cual si acabara de ser víctima de una pesadilla, se pasó los dedos por la frente.

—¡Niega, Ann! Puedes salvarte. Yo pagaré el mejor abogado. ¡Resulta todo tan increíble!

El rostro de la mujer se ensanchó en una sonrisa de felicidad para palidecer después. Sus labios tornáronse morados y su respiración entrecortada reveló claramente a Douglas lo que no iba a tardar en suceder.

El escultor, tomándola en sus brazos, seguido de Waring y Eva, la condujo a su cuarto. De la mesilla extrajo los útiles de practicante, y una caja de ampollas. No pudo inyectar a la enferma. Waring, que la examinaba, dijo.

—No se esfuerce. Acaba de morir... Es lo mejor que podía ocurrirle...

CAPÍTULO X

EPÍLOGO FELIZ

René Howland, desde la butaca de su habitación, en el edificio diplomático de los Estados Unidos, miró con gratitud a Olga Popsky, y le dijo:

—Hoy es un gran día para los dos. El médico lo ha expresado claramente. De mi rápida cura, tú has sido el factor más importante. Teniéndote conmigo, me has hecho sentir ansias de vida.

—Me limito a cumplir con mi deber.

—Te excedes. Déjame compartir tus penas. ¿Qué es lo que tanto te preocupa? Anoche te oí llorar. Cuando me crees dormido, te mueves con inquietud. ¿Qué te ocurre?

—Ya nada —contestó una voz, desde la puerta—. He resuelto favorablemente su caso.

—¡Waring! Creí que me había olvidado. Lleva una semana sin visitarme. Pensaba enfadarme con usted.

Douglas estrechó afectuoso la mano de Olga y de René. Luego, asomándose a la ventana desde la que se divisaba el obelisco de la plaza de la Concordia, repuso:

—Estuve en Washington a obtener algo que Leslie Boyce no podía concederme. ¿Imaginas el qué? Hace una tarde hermosa.

—Hable de una vez, inspector. ¿Se relaciona con Olga?

—Sí. El Estado Mayor del «Central Intelligence Agency» declara a nuestra amiga libre de responsabilidades, borrando su nombre del sumario que ha de instruirse contra los encartados como espías. Me costó poco conseguirlo. Gracias a ella, la redada fue completa. Mi enhorabuena, Olga. Si te casas con René, adquirirás la nacionalidad francesa.

La muchacha enrojeció, y Howland, enojado, dijo:

—Es usted un imprudente, Waring.

—Quizá. Soy viejo y no necesito más que ver a dos jóvenes para saber por sus palabras y sus silencios, si están o no enamorados. ¡Ah, me olvidaba! He obtenido autorización del embajador para exponer algunas de tus obras en los salones de la Casa Americana. ¿Qué me miras?

—El bigote. Ha comenzado a crecer.

—Tardaré en verle como estaba. ¿No sabes la noticia? Eva y André se casaron ayer. Esperan en el vestíbulo.

—Que entren. ¿Quién recuerda el pasado? ¿A qué aguarda, inspector?

—Debo hacerles un regalo de boda. ¿No imaginas cuál?

—Sinceramente, no.

—Duval trabaja en obras serias. ¿Por qué no le invitas a exponer contigo?

Howland sonrió. Olga Popsky, que se hallaba a su lado, le miraba con angustia. Por Douglas conocía la historia de René, su ceguera por Eva Tuner ¿Cuáles eran los pensamientos del hombre al que aprendió a amar mientras le cuidaba?

—Es una buena idea. Celebro que Duval abandone el camino fácil.

Salió Waring de la estancia. Olga, acercóse a René.

—¡Eres muy bueno!

—Tú me has enseñado a serlo, demostrándome que a Eva no me ligaba más que la pasión primero y el orgullo después. ¿Me quieres?

—¡Con toda mi alma!

Ella le besó en la frente, retirándose al oír abrirse la puerta. Con el inspector, entraron Eva y André. Tras los saludos cordiales, un tanto embarazosos, René hizo a su amigo el ofrecimiento que Waring le indicara, y que Duval aceptó con palabra conmovida.

Douglas, contemplando a las dos parejas, dio por bien empleados sus esfuerzos. Al recordar una frase de Diderot, se supo grande de alma:

«Buscad la felicidad haciendo el bien, teniendo siempre presente que no hay más que una sola virtud: la justicia, y un solo deber: hacerse feliz».

FIN



El soldado abrió fuego antes de arrojarse al suelo, con una rapidez increíble. Luego su cuerpo quedó quieto, con la cara atravesada por un proyectil. Sus dos compañeros cayeron también. Un gran silencio se hizo en torno a ellos...

LA COLINA DEL SILENCIO

es la más emocionante, completa y verídica novela de guerra que usted ha leído jamás

RED HARLAND

la inicia con un inolvidable capítulo en que tres soldados americanos ven cara a cara la muerte en la fatídica «Tierra de Nadie». En el segundo capítulo, una compañía entera cae en una emboscada y se inicia una salvaje lucha de desesperados contra desesperados... La emoción de la novela aumenta así paso a paso hasta un dramático e inesperado final.

LA COLINA DEL SILENCIO

no es un título más. ¡Es el auténtico relato de guerra que usted estaba deseando leer!
¡Adquiérala en el próximo número de la gran colección

SERVICIO SECRETO I

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 344 - Matilde Redón
❖ **COMO UNA NUBE**
- Núm. 345 - M.^a Teresa Sesé
❖ **PRIMERO SE SUEÑA**
- Núm. 346 - Corín Tellado
❖ **LA NOCHE TRAJÓ UN AMOR**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 184 - Carlos de Santander
❖ **QUIERO UN MILLONARIO**
- Núm. 185 - Amelia Pina de Cuadro
❖ **MARIA CRISTINA**
- Núm. 186 - María Adela Durango
❖ **EL COLLAR DE ESMERALDAS**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 285 - Fidel Prado
❖ **UN ARMA DE DOBLE FILO**
- Núm. 286 - Tex Taylor
❖ **UN VAQUERO VAGABUNDO**
- Núm. 287 - Fidel Prado
❖ **SORPRESA EN LA DIVISORIA**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 149 - A. Rolcest
❖ **CONVOY EN RUTA**
- Núm. 150 - Alar Benet
❖ **BURLANDO A LA MUERTE**
- Núm. 151 - Red Harland
❖ **LA COLINA DEL SILENCIO**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 240 - Corín Tellado
❖ **UNA MAMA PARA ANA**
- Núm. 241 - Cristina Luján
❖ **CONDESA ALIXIA**
- Núm. 242 - M.^a Esperanza Neyra
❖ **LA GRAN PASION**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 70 - Eva Miltner
❖ **CEGUERA ENCUBRIDORA**
- Núm. 71 - Enri Cloveri
❖ **DIRECCION PELIGROSA**
- Núm. 72 - Lia Ramos
❖ **JUNTO A LA HOGUERA**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION DETECTIVE

- Núm. 28 - Vic Peterson
❖ **EL CASO DE LA POBRE MILLONARIA**
- Núm. 29 - Arnold Briggs
❖ **NARDOS PARA TU VIUDA**
- Núm. 30 - Karl Medusa
❖ **YO, ESPIA**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 23 - M.^a Adela Durango
❖ **FLORES ESCARLATA**
- Núm. 24 - María Lar
❖ **CAUTIVADORA**
- Núm. 25 - Trini de Figueroa
❖ **CÁTEDRA DE HONOR**

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

{1} *Rigurosamente cierto.*